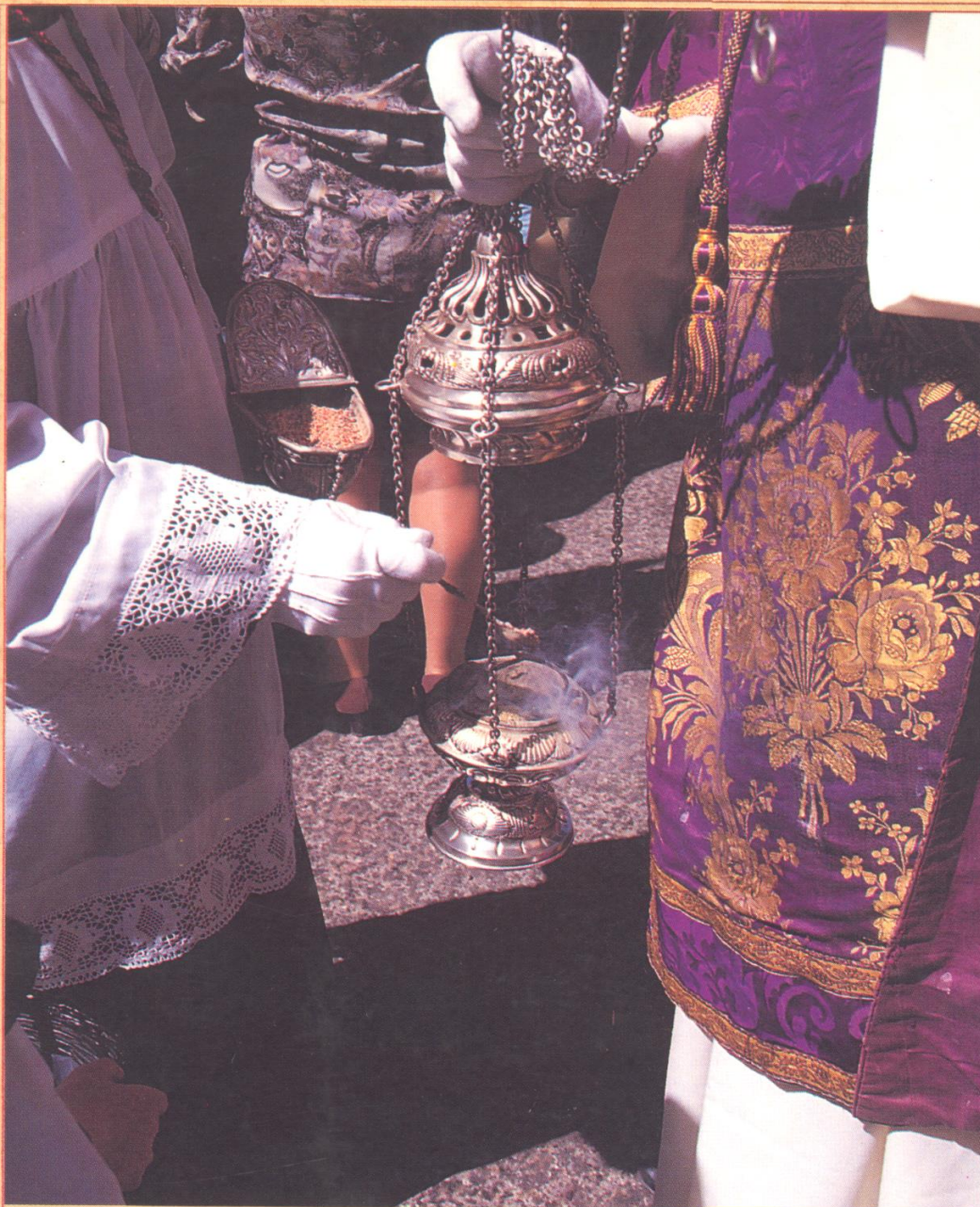


JOSÉ MARÍA JAVIERRE ORTAS



PREGÓN
SEMANA SANTA
SEVILLA 1993

Pregón de la Semana Santa
Sevilla
28 de marzo de 1993
José María Javierre Orta



Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo.

Excmo. Sr. Alcalde.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Ilmo. Sr. Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías.

Ilmo. Sr. Delegado de Fiestas Mayores.

Cofrades de Sevilla, señoras, señores, amigos.

A HI, Sevilla...
Aquí... ¿qué hago yo aquí? Un sacerdote aragonés alzado sobre Sevilla...

Cierto día en Madrid me tocó pronunciar conferencias cuaresmales. Por el barrio del Bernabéu, con la iglesia llena a rebosar, llevé adelante mi primera exposición. Me ocurre siempre, eché mano de alguna referencia de nuestra tierra andaluza; enardecido, arranqué: "Nosotros los andaluces... ". De repente, allá al fondo, una dama se puso en pie: "Ese señor es aragonés". Mis oyentes sorprendidos torcieron la cabeza hacia atrás; y luego volvieron a mí la mirada interrogante. Ya la señora estaba sentada, pero me había dado tiempo a **reconocer** su cara. Dije: "No hagan caso; ella tiene razón; es mi **cuñada**, **nacida** en Zaragoza, tiene razón, ella lo sabe: soy aragonés; **pero** sabe también que soy andaluz; lo sabe, o sea que no tiene por qué enfadarse".

Andaluz y aragonés, poseo las dos nacionalidades. Sería malnacido si renunciara a mi raíz aragonesa.



Y soy tan andaluz que hoy Sevilla me ha colocado aquí, alzado sobre su escudo.

Mis credenciales son vuestro cariño, amasado con sinsabores y con gozos a lo largo de muchos años. A fuerza de amaros gané vuestro amor. Don Ramón Carande, cuando llegué a Sevilla me avisó: No te fíes, Sevilla parece a primera vista muy fácil de ganar, porque te acoge abriendo su simpatía: Ninguna ciudad del mundo recibe así a los viajeros, los invita a una copa, les baila sevillanas en la Feria; pero entrar en Sevilla, recibirte dentro, entregarte su cariño, su alma, eso es otro cantar: Sevilla defiende su secreto, es recóndita, sagrada...

Lo sé, lo he sabido. Conquistar el cariño de Sevilla resulta costoso y fatigante como las leyendas de los vikingos y las valquirias. Lo sé, lo supe. Cometí, sin duda, errores en los años previos a la transición democrática; todavía un ciudadano distinguido me paró hace un mes en la calle, sólo para recordarme que él no me ha perdonado... Qué pena. Sin embargo, gané Sevilla a fuerza de quererla. Dante dejó escrita en su Divina Comedia la mentira más bella de la historia: Cuenta el poeta que Paolo consiguió el amor de Francesca, esquivó ella, dedicándole "aquel amor tan fuerte, invencible, que obliga quieras que no a corresponder la persona amada". Ojalá tal amor existiera, de modo que "poniendo amor, de acuerdo con el consejo de Juan de la Cruz, halláramos amor". Los filósofos severos denuncian como sueños esta pretensión de los poetas y los teólogos: Tomás de Aquino separa de un lado el amor de Dios y de otro el amor de los hombres; el amor divino crea, es fáctico hacer, "pone" belleza sobre sus criaturas; el amor humano percibe, desea, anhela, sin potencia creadora.

Pues a mí me ha correspondido la fortuna: A fuerza de poner amor en Sevilla, tengo el amor de Sevilla: Por eso estoy aquí, por eso me habéis alzado a pregonar, son mis credenciales: Amo tanto Sevilla que Sevilla me ama.



LLEGUÉ, hace ¿cuántos años? Inesperadamente. Vine desde el corazón de Europa. Jamás había cruzado la raya de Despeñaperros, Andalucía era para mí una incógnita. Estaba intensamente dedicado a estudios germánicos. Tiempos de postguerra; Alemania saliendo de la catástrofe, apenas iniciada la reconstrucción. Vivíamos pocos españoles allá; escasos alemanes, casi ninguno, visitaban todavía España: De lejos veían ellos Andalucía como país folklórico, africano, desdibujado en brumas románticas. Por lo que se refiere a mí, ignoraba las tierras del sur de España. Absolutamente. Sevilla: un nombre bello, una palabra con música. Poco tiempo después iban a producirse las oleadas de nuestros trabajadores a buscar empleo en las fábricas de Alemania; y los alemanes bajarían a descubrir el sol y las playas de Andalucía.

Llegué por primera vez a Sevilla un mediodía del martes santo. Me habían llamado para redactar una biografía del cardenal Marcelo Spínola. En un mes o mes y medio debía revisar el archivo custodiado por las Esclavas del Divino Corazón. Era yo ave de paso, viajero prevenido contra el sentimentalismo religioso. Me consideraba, como tantos hombres jóvenes de entonces, comprometido con la reconstrucción de Europa, dispuesto a asentar el futuro sobre pilares razonables, científicos. Quizá traje, seguro, algo seca el alma. Pasaría un mes trabajando en Sevilla, para regresar cuanto antes a mis círculos intelectuales germánicos. El hombre propone, y luego...

A orillas del río, las Esclavas del Divino Corazón me habían buscado acomodo en una familia: Para treinta días; Dios bendito, llevo vividos treinta años en su casa.

Me aconsejaron descansar un par de horas, pues a las cinco un sacerdote amigo suyo me recogería: Iríamos a ver "una cofradía de Martes Santo, los Estudiantes". Hablaban todos en la casa un lenguaje para mí incomprensible:

- Lástima que no haya llegado a tiempo de ver la salida de San Esteban, le hubiera gustado; el domingo la Borriquita tuvo más niños, que nunca; otro año ha de venir usted tres días antes, no puede perderse la Estrella, ni la Amargura, ni el Amor...

Debí parecerles bobo, asentía cortésmente a sus informaciones, pero no entendía una palabra.

Serían las cinco de la tarde. Vino por mí el amigo sacerdote, don Camilo



Olivares:

- Si te parece daremos la vuelta por Torneo para coger calle Baños y aparcar en la Gavidia; desde allí llegamos a tiempo de ver los Estudiantes en la plaza del Duque; y entraremos en la Campana, de donde arranca la carrera oficial.

Peor que si me hablaran en sueco, no entendí una palabra.

Camilo tenía un "biscuter", aquellos cochecillos aplastados que parecían mosquitos pegados a tierra. Hoy conozco bien el recorrido: Por Marqués de Paradas salimos a Torneo y torcimos en calle Baños hacia la Gavidia. Aparcamos, nos mezclamos en la bulla. Vi aquella placita del Duque llena a rebosar de personas que se empujaban mirando hacia la Campana. Camilo me aclaró:

- Ha pasado el palio de María Santísima de los Desamparados, que pertenece a la cofradía de San Esteban, y acaba de entrar en la carrera oficial.

Habíamos conseguido colarnos entre los resquicios del torrente humano. De repente vi aparecer en la esquina Lasso de la Vega la cruz de guía, escoltada por dos ristas de encapuchados... Me llevé a la boca mi mano, ¿qué veía? Un reguero de nazarenos, dos filas paralelas, enfundados en túnicas negras, fajados con amplio cinturón de esparto, cubierta la cabeza por capirotos puntiagudos; tapada la cara con un antifaz que sólo dejaba ver los ojos de aquella persona, ¿hombre, mujer...?

Camilo me susurraba al oído.

- Hombres; estudiantes, catedráticos, profesionales que obtuvieron su título en la Universidad; mira que de tramo en tramo pasan los guiones de cada facultad.

No podía creer; recordé mi universidad de Múnich, ¿será posible?

Vi cientos y cientos de aquellos nazarenos, pausados, silenciosos, que con sólo su presencia impusieron a la muchedumbre silencio respetuoso.

- ¿De dónde vienen?

- Salieron de la iglesia de la Universidad antigua situada en la calle Laraña; allá volverá con sus imágenes después de cumplir estación atravesando la catedral.



- ¿Así todo el tiempo, callados?

- Unas siete horas.

- Dios bendito, ¿por qué lo hacen?

Unos calzaban zapato normal, otros sandalias abiertas; muchos, muchísimos, caminaban a pie descalzo. En los tramos hasta el Cristo, portaban cirios gruesos encendidos, los apoyaban clavados al cinto de esparto. Después del Cristo, docenas de nazarenos con cruces al hombro.

Camilo pronunciaba palabras que más tarde cobrarían para mí sentido: Estandarte, insignias, diputado de canastilla, bandera, guiones, bocinas, varas, hermano mayor, juntas, maniguetas, libro de reglas... Le pregunté:

- ¿Podemos caminar junto a este Cristo?

- Podemos, claro, si quieres; pero luego en paso de palio viene María Santísima de la Angustia, trae manto de terciopelo granate.

- ¿Cómo llamáis al Cristo?

- Lo esculpió Juan de Mesa, en el primer tercio del siglo XVII; se llama "Cristo de la Buena Muerte".

Me sentí alucinado. Alemania de postguerra, en febril milagro económico, tenía pavor a la muerte: Ni siquiera dejan a los moribundos morir en casa, les da horror. Lejos, al hospital. Morir significa fracasar, la muerte equivale a la derrota definitiva. ¿Cómo he de contar a mis amigos alemanes que he descubierto en Sevilla un Cristo de la Buena Muerte? ¿Hay un "bien morir", por encima del pensamiento europeo de mi tiempo?

Fascinado, a punto de sentir parado el ritmo de mi corazón, miré al capataz entregándole sin palabras una súplica que él comprendió. Le oyeron sus costaleros:

- ¡Pararse ahí!

Accionó el martillo. El Cristo, poco a poco, serenamente, posó en tierra.



Un mes más tarde, me forzaron los amigos alemanes a narrarles mi experiencia:

- Sevilla custodia en la universidad un Cristo de la Buena Muerte. Lo he visto alzado por las calles, sobre una peana que llaman canastilla, tallada en caoba; plantado va en un montecillo de lirios morados y le alumbran cuatro hachones: Cristo muerto, de la Buena Muerte.

Pero Cristo no tuvo buena muerte...

Tendríais que verlo... reclinada sobre el pecho su cabeza soberana, sin corona de espinas, sin más adorno que rastros de sangre caídos de su frente, desparramada su cabellera hacia el hombro derecho, entreabierta la boca, cerrados los ojos.

¿Muerto?

- No sé; muerto, sí..., sosegado; muerto, sí, pero es la vida... Mirando estuve, llorosos mis ojos, sacudida mi alma por dentro a pulsos de un huracán silencioso, mirándolo... y Él me miró...

- ¡Estaba muerto, cerrados los ojos!

- Me miró, entreabrió sus ojos y en ellos descubrí un sendero infinito de esperanza, vi la muerte amasada en vida, vi la Buena Muerte...

Secreto de Sevilla... lección de vida, esperanza, Buena Muerte... Al pie de aquel Cristo, Tú comprendes el sentido de la muerte; los poetas la acusaron de ser "domadora de la vida, destructora"; Horacio nos la pintó "pallida mors" que "pisotea y mide por el mismo rasero las chozas de los pobres y los palacios de los ricos"; esa muerte provocadora, desafiante "cuyo temor, el miedo que le tenemos, es casi invencible"; tan fiera: "Ni al sol ni a la muerte podemos mirar de cara, fijamente". A la vera de los Cristos de Sevilla, descubres la importancia de tu persona, el amor que va escondido en las crueldades de la existencia: "La muerte es el más alto premio de la vida", "la caída de noche de un hermoso día". Tenía razón el poeta romano cuando pedía lirios a manos llenas para cubrir el cuerpo de su amigo muerto, me asusta la fina intuición de los cofrades sevillanos plantando sobre un otero de lirios morados al Cristo de la Buena Muerte, como si Virgilio en persona les hubiera asesorado. Dije a



mis oyentes germánicos que adorando este Cristo se hace legítimo el asombro de Petrarca: "Parecía hermosa la muerte contemplada en su bello rostro". Descubres que en el rostro de Jesús va también tu propia muerte, descubres que valió la pena nacer, vivir, amar, gozar y sufrir; salen lágrimas de tus ojos y un vendaval de esperanza invade tus pulmones. Es nuestra muerte. La del Cristo de Sevilla; vivida, experimentada con Él. Sevilla guarda ese gran misterio. Id a rezar, a poneros de rodillas ante el Cristo de la Buena Muerte, de tu Buena Muerte. Está en Sevilla.

ALUCINADO, volví a Múnich; dijeron allá que me había puesto loco, por las cosas que contaba.

¿Qué les contaba? Sevilla.

Les conté la Semana Santa de Sevilla.

Los Costaleros, sobre todo; les maravillaba el trabajo de los costaleros:

- ¿Cuántos kilos llevan en cada uno de los pasos?

- Toneladas.

- Esa gente de Sevilla tienes que ponerla al día. Sonreían, me tomaban el pelo.

- ¿Ponerla al día?

- Claro, que vengan a comprarnos algún motor Siemens para que sus pasos de Semana Santa desfilen sobre ruedas en vez de a lomos de hombre.

De martes a sábado santo, yo me había visto codiciosamente la Semana Santa, íntegra, día y noche; fui una gota de agua perdida en la poderosa riada: Quise saber qué había "dentro y detrás" de aquella celebración popular, a la vez festiva y religiosa.

Quise sobre todo conocer el rito de capataces y costaleros, liturgia impensable



en la Europa de nuestros días: ¿Cómo vamos a pretender que a un financiero suizo le entré en la cabeza llevar así los pasos, sacarlos apretadamente por la puerta del templo y moverlos gracias al esfuerzo de hombres que caminan sin ver, prácticamente ciegos bajo las trabajaderas?

Por más que di vueltas a los diccionarios, no hallé palabras germánicas equivalentes a las voces de mando del capataz, ni a la jerga típica de los costaleros. Tampoco hay palabras en alemán para enumerar nuestros mariscos: El alemán es un idioma razonable, trabajosamente construido. La palabra sol significa dos cosas distintas, aquí y allá: el sol germano es un sol educado, respetuoso con las nieblas grises de inviernos sin fin; el sol andaluz es, simplemente, sol, eso es, del calor a las calores. ¿Cómo podrían allá entender las voces del capataz:

"Adelante, bien trabajao", "ponerse", "una levantaíta suave y bonita"...?

Adivinen cuánto sudé explicando los términos "cuadrilla", "hacerse la ropa", "igualar", "pateros", "ponerse", "más paso quiero", "picarse abajo", "respiradero"...

Sí me entendían la "levantá", "al cielo con ella", "tós por iguá"; preguntaban de cuántos metros suelen ser los chicotás, con semejante peso; y se perdían cuando quise decirles que las chicotás demasiado cortas indican que al señor capataz "le jumea el taco" porque ve que sus hombres "arrastran los zancos", que "se vence la trasera".

Les tuve absortos, boquiabiertos, narrándoles la entrada de San Esteban.

Me llevó don Camilo.

Habíamos espiado por vericuetos del casco antiguo el "Ecce Horno" de la Hermandad de San Benito con las figuras de Pilatos, su mujer Prócula, soldados y el sayón; también el nazareno de Nuestro Padre Jesús de la Salud, de la Candelaria.

Luego, por callejitas deliciosas nos descolgamos al barrio de San Lorenzo para ver salir la Bofetá, entonces todavía asentada en el convento de San Antonio de Padua. Este barrio ganó mis simpatías, y cómo lo tengo pateado en idas y venidas a las Penas, al Gran Poder, a la Soledad... Delimitado al este por la Alameda y acercado a poniente con el río, constituye un cogollo de historia y de estilo sevillano: Sus callejas



estrechas bien trazadas, que sólo dejan ver sobre los tejados una tira de cielo azul bruñido, ofrecen el oasis inesperado de placitas con naranjos y limones, acogidos a la verde esbeltez de las palmeras; te maravilla a pesar del ruido de los automóviles la cadencia de campanas de media docena de conventos de monjas de clausura, fundado el uno por San Fernando y albergue otro de los restos de doña María de Portugal, madre de Pedro I de Castilla. De los tiempos épicos de la Reconquista y de los años pingües del comercio americano remansaron aquí cientos de familias alcanzada la meta del blasón con prestigiosos cuarteles, y apretadas arcas de oro molido. Aquellas grandezas pasaron a la historia, pero el barrio conserva su aire digno, ennoblecido. Las casitas pequeñas de la gente sencilla ponen macetas en sus balcones; de modo que este barrio siempre me ha recordado, efectivamente, Jaime, las calles antiguas de Jerusalén... con flores. Por algo los conventos de clausura cobijaron aquí monjas jovencillas que según fama cantaban como ángeles tras las verjas del coro; por algo el poeta Francisco de Rioja huyó hastiado de la Corte para cultivar rosas, jazmines y claveles en un jardincillo, junto a las tapias de San Clemente; por algo la sombra de Gustavo Adolfo Bécquer, un niño, dicen que vuelve sobre los tejados en alas de golondrina...

Me llevó don Camilo, metiendo su biscuter por las Rondas, hasta la cercanía de plaza Pilato.

Ya un río de gente enderezaba la calle San Esteban:

- Ningún sevillano fetén quiere perderse la entrada.

Luego he sido aficionado a este cruce urbano de puerta Carmona; y al templo de San Esteban. Por esta calle entraban a Sevilla las aguas de los Caños de Carmona; y por esta calle salían los caminantes, no sin echar antes por la ventana abierta en el muro del templo una mirada al Cristo, pidiéndole amorosamente que les diera "Salud y Buen Viaje". Cosas de Sevilla: adiós, Señor, hasta verte, dame Salud y Buen Viaje...

El templo guarda dentro un magnífico lote de Zurbaranes, ahora lo sé. Aquella primera noche sólo supe que la entrada de los pasos, sobre todo el de palio, exige cada martes santo una hazaña a los costaleros.

¿Por qué?



Dibujé a mis alemanes la portada de San Esteban, con líneas góticas del siglo XV. Les destaqué esas labores de red de rombos en el arco ojival, puntas agudas de diamante que parecen diseñadas por el arquitecto para impedir la entrada de palios...

Ojalá pueda pronto la Hermandad, ahora cobijada en San Ildefonso, enfrentar de nuevo a su capataz y costaleros con el portentoso reto que dejó el arquitecto en su portada.

Entre aplausos y fervor, entre nazarenos vestidos con sotanas cremas, capas y antifaces azul celeste, entre cirios, incienso y música, entró primero la imagen conmovedora del Redentor sentado y maniatado por sayones, ataviado con las insignias del desprecio, clámide sobre sus hombros y una caña por cetro.

Llegó el palio. La Virgen Dolorosa, Santísima Madre de los Desamparados, bajo un techo de malla bordado en oro.

Cuántos éramos, quién sabe. Nos apretábamos de modo inverosímil. El paso suave, cadenciosamente, giró quedando de espaldas a la portada y de cara a la muchedumbre. Silencio, contuvimos el aliento.

Sonó la voz del capataz:

Pararse ahí.

El paso se plantó en tierra. Su silueta desbordaba la portada del templo:

- Camilo, ¿pretenden entrado?

Camilo que sí: Salió, entrará...

Mis alemanes me regañaron luego en Múnich:

- Cómo no se te ocurrió medir el paso y medir la luz de la portada

- No pensé, pero os juro que me dio susto: No cabía...

- ¿Cupo, entró? Oí al capataz:

- Adelante, valientes, todos por igual.



El paso se alzó.

- Camilo, va más bajo que antes, a media altura.

Sí, los costaleros avanzan de rodillas, para no topar en lo alto. De rodillas, palmo a palmo...

Temo que las filigranes de la puerta enganchen los varales del palio.

- No temas.

A fuerza de contener el aliento, a poco me ahogo. Seguí la operación atento, a las voces de mando: "Derecha adelante, izquierda, valientes, así así"..., golpes del llamador, rumor de las rodillas que avanzan.

Está cuadrado el paso palio, la puerta le encaja como un marco. Entrará.

- "¡Ponerse! A ésta es".

El paso se alza, a media altura; se mueve, pasito a paso; entra sin rozar las jambas; lo ves, a sólo un pelín, a milímetros de las agujas con que el arquitecto desafió sin saberlo, cuatro siglos antes, a los costaleros. La Virgen entra señorial en su casa. Trae la cara dolorosa; pero creí que sonreía, cuando escuchó el aplauso inflamado que la muchedumbre le dimos, a Ella y a sus costaleros; era su cara dolorosa, pero creí que sonreía; hacedme caso, sonrió.

Mis alemanes, qué tercos:

- Tendréis en Sevilla portadas de iglesia más anchas que San Esteban para entrar por ellas esa Virgen; y en todo caso, ¿no podríais achicar algo la anchura de los pasos.

Hace ya treinta años; sé que luego alguno de aquellos amigos, de viaje por Andalucía, midió a palmos el portal de San Esteban y la canastilla del palio.

Qué cruz, el espíritu práctico de los germanos. Ellos no arriesgan, miden. Por eso les va mejor que a nosotros. ¿Les va mejor? Quién sabe. Un poco me enfadé:

- Somos así, Sevilla es así.



- ¿Cómo es?

- Mira, no rozamos con vuestros parámetros rigurosos. Un día el profesor de religión examinó a un muchacho sevillano, ya grandote, a punto de comenzar su carrera universitaria: ¿El Padre es Dios? / Sí, señor, el Padre es Dios. / Entonces, como Dios ¿es inmortal? / Sí, señor, es inmortal. / ¿Y el Hijo es Dios? / Sí, señor, el Hijo es Dios. / Entonces ¿cómo explicas que Jesús, siendo Hijo de Dios inmortal, muriese en la cruz? / El joven rápido, sonriente: "¡Pá que usted vea!". Somos así, como somos.

Insistían mis alemanes:

- Absurdo, que no coloquéis a cada paso de Semana Santa su motor, y ruedas de goma.

Armado de paciencia intento transmitirles que si se atreven a ponerlo en Sevilla, les sacamos los ojos; que los costaleros dotan a las imágenes caminantes "de aire humano", dan al Señor Nazareno la cercanía de quien sufre con nosotros, y nosotros con Él; que así la Virgen "nos viene" deslizándose divina sobre el mar de la muchedumbre; que una corriente de ternura se produce desde la imagen arriba bellísima y su portador fatigado, sudoroso, bajo las trabajaderas; que un escalofrío nos estremece a los sevillanos cuando "a ésta es" el golpe del martillo hace saltar el paso al aire con temblor de cirios, flecos y varales, porque los costaleros alzando la imagen nos alzan a cada uno y a todos nosotros, alzan Sevilla, alzan Andalucía que camina con su cruz a cuestas, con sus aciertos y sus errores, con su gozo y su pena; que no se trata de una carga material que arrastrar mecánicamente: con Él y con Ella va sobre los costaleros nuestra vida y nuestra muerte, la apuesta absoluta de nuestro ser...

¿Saben ustedes?, quisieron además que les dijera "cuánto pagábamos" a cada costalero. Ahora, cuanto antes, he de regresar allá y contarles el milagro de los hermanos costaleros, la hazaña última de nuestras Cofradías. No me dejaron explicarles que hay maneras y maneras, "estilos" de andar bajo los pasos; sólo preguntaron "cuánto cobra" cada costalero. Se van a enterar, iré a certificarles "cuánto pagan" los hermanos costaleros por igualarse de "costaleros", de "fiadores", y si pudieran un día de "pateros"...

Me dirán los alemanes:



- Total, incluso a fin del siglo XX seguís metiendo vuestros costaleros bajo el paso: Sería ideal un motor Diesel.

Les diré:

- Vuestro motor daría "más fuerza" a los pasos; el costalero les da "gracia".

Me dirán:

- ¿Gracia? ¿Y qué es la gracia?

Les diré:

- Ninguno de vuestros cerebrales filósofos lo sabe: Gracia es un duende que nació en Sevilla...

EXCLUSIVA vibración estética?
Ni pensarlo.

Sevillanos "de nacimiento" y sevillanos "recibidos", todos tenemos mezclada la Semana Santa con nuestra vida. Ustedes, amigos, conocéis -permitidme el sabroso giro andaluz "ustedes conocéis"- mis cosas; sabéis que tengo en Roma un hermano sacerdote. Fino, espiritual, inteligente, tan sabio, tan fuera de serie que no me sonroja ensalzarlo a pesar de ser mi hermano: Parece mentira, en nada nos parecemos. Sólo en una cosa, en los genes. Me consta, veréis por qué. Él estuvo en la raya de la muerte hace tres años: padecía una leucemia galopante, quedó en infección vírica, recónditos laberintos de la medicina. Curó. El año pasado, a las puertas del verano me diagnosticaron a mí una leucemia. Crónica, tratable, según los expertos. Un especialista muy querido para mí confrontó los análisis de mi hermano Antonio con los míos. Concluyó:



- Pienso que hay en vosotros componentes genéticos idénticos, por eso habéis soportado un asalto semejante.

Les confieso que me alegré: Aunque ni en sabiduría ni en santidad tengamos nada parecido, al menos nuestros genes "hacen familia"; algo tengo igual a él...

Vean si será tipo notable: A pesar de ser hermano mío, lo han hecho cardenal.

Cuando él cayó enfermo, gravísimo, mis monjas de Sevilla rezaron tenazmente por él. Y la hermandad de la Macarena me invitó a ofrecer por la salud de mi hermano una misa al pie de Nuestra Señora.

Celebramos la Eucaristía. Al final de la misa, el hermano mayor me confió el pañolito que la Macarena lleva deliciosamente colgado en los dedos de su mano derecha: ¿Será para enjugar sus lágrimas o será para enjugar las nuestras?

Me habló el Hermano Mayor:

- Llévale a tu enfermo a Roma el pañuelo de la Virgen: Nuestra Señora de la Esperanza le cuidará.

Marché a Roma con el sutil tesoro. Supe que Antonio sanaría...

Porque Sevilla tiene abierta la pregunta esencial de nuestra raza humana: Si existe o no en la vida y en la muerte un contacto amistoso, cercano, entre nosotros, viatores por los senderos del planeta, y el ámbito misterioso de la fe. Este interrogante os traigo a las puertas de nuestra Semana Santa. jamás comprenderán Sevilla quienes se detengan sólo en las celebraciones externas de nuestro culto semanasantero. Aquí ocurren cosas muy serias. Ni milagrerías ni superstición. Las imágenes sagradas de nuestras Hermandades elevan nuestra persona al plano superior, más allá de nuestra realidad temporal. Sin renunciar al cumplimiento de la ruta biográfica, sin hacernos desertores del compromiso para construir un mundo justo y pacífico. Al revés, aportamos al esfuerzo secular energía y confianza: La serena confianza que nos invade arrodillados al pie de la Macarena o acercándonos al besamanos cuando Ella baja de su hornacina para salir a recibirnos en su basílica; como reciben las reinas.

Por privilegio de pregonero me tocó este año la fortuna de asistir al descenso



de la Virgen. Despojada la imagen de su corona, sus joyas, su manto, nos encargaron a varias personas tomarla en nuestros brazos y bajarla del camarín. Os confieso que vi disipados mis recelos europeos, evaporadas mis nieblas intelectuales: El hombro de la Señora apoyado en mi hombro, su mejilla cerca de mi mejilla, me elevaron a una atmósfera peculiar: No creo que la escalera de subir al cielo sea muy diferente de la escalerita que baja del camarín de la Macarena. Ya sé que "sólo" es una imagen de la Virgen. Pero es "nada menos" que una imagen de la Virgen: Nuestra Señora de la Esperanza Macarena.

Cosa muy sería será la virtud de la esperanza, cuando Sevilla la rodea de aire festivo macareno... España entera sabe que los armaos, cuya obligación histórica sería ejercer de guardia pretoriana para su gobernador Pilatos, han decidido "cambiar de bando ", y escoltan con los debidos honores al Jesús de la Sentencia y a su madre Macarena: ¿Es verdad, señor "Pelao"? Pintureros ellos con su uniforme romano, la coraza, plumas airosas del casco, lanza, trompetería y sus tambores, siembran de salero y de zumba el amanecer de la noche dramática de Sevilla cuando ya se adivina la resurrección. Quisiera yo saber si es cierto el piropo de aquella mujer despidiendo a su marido, que vestido de armao salía de su casa hacia San Gil:

- Adiós, Julio César.

O si es cierta la demanda del capitán de los armaos que, a favor de uno de sus milites acusado de falta, resolvió el conflicto ante la policía municipal con la frase:

-Apelo a Roma.

Si Sevilla confía en su Madre de la Esperanza, ¿cómo podría temer?

La esperanza no es un error, aunque lo haya dejado escrito Francisco de Rioja en su epístola a Fabio. Anduvo certero mi Juan de la Cruz:

- Más está el alma donde ama, que en el cuerpo donde habita.

Sevilla tiene colgada su mirada en la cara de madre joven, linda, peregrina, bellísima, de su Virgen Macarena, Esperanza llorosa y sonriente. Sonreír y llorar son dos actos humanos específicos, expresión externa de los sentimientos profundos. A lo largo de siglos, pintores y escultores han adornado con la sonrisa el rostro de una



mujer hermosa. La Virgen medieval sonriente apoyada en una columna de la catedral de Bamberg, y la Gioconda de Leonardo, tienen ganado el aplauso universal para dos artistas, escultor uno, pintor otro, que supieron dejar prendida en los labios de sus damas una sonrisa enigmática, indescifrable, al mismo tiempo arcana y sugerente. La carita maternal de la Macarena nos fascina porque al llanto junta una sonrisa, tal cual ocurre a todas horas en nuestra biografía personal; pues amasados estamos de alegrías y lágrimas.

Nada extraño que al amanecer del viernes santo el río de la devoción popular sevillana se desborde hinchándose como una inundación imparable alrededor de esa virgencita llorosa y sonriente, que cautiva con su perfil cambiante, atrae ofreciéndonos amor materno, seduce regalándonos esperanza, se lleva nuestros ojos tras los suyos, embrujados, divinamente embrujados.

Supe, cuando llevé a Roma su pañuelo, que mi hermano curaría.

Voy a entregaros una confidencia.

A mis amigos alemanes de mi alma, les inquietaba el "exagerado" amor de Sevilla a nuestras Vírgenes.

Les reproché:

- Si os parece exagerado nuestro verano, el calor de nuestro sol, ¿cómo queréis comprender nuestro cariño a la Virgen Santísima?

Bromeé con ellos traduciéndoles el anecdotario popular de los macarenos: ellos, cuando sucedían turbulencias políticas le cantaban: "Aquí quien manda eres Tú...".

Porque tuve la suerte de que me pillaran las fechas en Sevilla, viví en nuestra catedral la jornada memorable de la coronación de la Macarena. Recuerdan ustedes que la lluvia retuvo a la Señora una semana en la catedral. Y cómo todos nos volvimos locos acompañando su regreso a la basílica. Me llevé a Múnich fotos increíbles. Entre otras, la de una pared, la fachada de una casa del barrio macareno, no sé qué calle, en la cual los vecinos se quejaban a la Virgen porque había tardado tanto en regresar: "Te fuiste por cuatro días / y tardas siete en volver: / Madre mía Macarena/ ¡No nos lo



vuelvas a hacer!

Imaginen la cara de mis alemanes, quedaron boquiabiertos:

- ¿Así la quieren...?

- Son pueblo, mi gente macarena considera madre a la Virgen, su madre, su tesoro, hasta novia suya, hija incluso...

Fernando Villalón empleó su ingenio en enviar al cielo una carta poema dirigida a la Virgen contándole con cuánta confianza, con cuánto cariño casero hablamos de Ella en los bares, en las tertulias del barrio, donde Ella es de casa: "Tu cura dice misa / y se sienta a charlar con el barbero / en mangas de camisa. / Echa alpiste al jilguero / y se come posada de siglos viejos, ni come puchero el cura de San Gil; pero perdura igual de verdad cómo seguimos confiando, Señora de la Esperanza, porque "Tú llevas en la cara/ el surco de una lágrima vivida", porque eres "gente nuestra", seguimos confiando que "tu mirada repara / en la oveja perdida / que naufraga entre los mares de la vida" (Fernando Villalón). Confiamos en Ti, Señora, sabemos "de buena fuente" cuánto nos quieres; y que, a pesar de los conflictos embarullados de nuestra época, estamos en tus manos, Virgen Madre: a ratos, como nosotros, doliente; a ratos, como nosotros, gozosa; apacible, benigna, tierna siempre; niña y Madre, reina de Sevilla, Señora de la Esperanza Macarena.

LOS teólogos sudan siete camisas para dar cuenta y razón de la grandeza de Nuestra Señora la Virgen María sin pasar la raya, sin divinizarla. Los antropólogos enumeran relatos esparcidos en la mitología de pueblos primitivos acerca de la divinidad femenina fecundante de la tierra y pretexto para plasmar en formas concretas la belleza ideal. Y no falta cada primavera un visitante de Sevilla que al marcharse y cruzar Despeñaperros repite la denuncia



de cuánto exageran los andaluces elevando la figura de María al rango redentor que sólo a su Hijo Dios corresponde.

Creerán que aquí abajo somos retrasados mentales. Ocurre que Sevilla ha tomado en serio la fe cristiana que sitúa en un plano nuevo las relaciones entre Dios y el hombre. El sentido, la trayectoria y las diversas etapas de esa relación están descritas en la Biblia, y los teólogos las han resumido en una locución hermosa: Constituyen la "historia de la salvación". La Biblia no es realmente un tratado filosófico que pretenda responder a preguntas científicas, ni siquiera un código para fijar la moralidad de las costumbres. La Biblia describe la presencia activa de Dios en el origen y en las vicisitudes de la creación, englobando, en la gran espiral que arranca de los cielos y a los cielos ha de volver, la historia de los hombres en conjunto y la biografía de cada persona en particular. El desarrollo de esta "historia sobrenatural" tiene como eje la venida al mundo del Verbo de Dios, de modo que un polo está constituido por lo que llaman los teólogos Cristo-Alfa (creación) y el otro polo por Cristo-Omega (segunda y definitiva venida de Jesús al mundo; lleva un nombre técnico, "parusia"; se realizará al fin de los tiempos). Entre los dos polos, el punto central de la historia corresponde a la muerte y resurrección de Cristo, misterio pascual presente y vivo en la Iglesia por medio de la liturgia.

Para esta larga chicotá de la historia de la salvación, Dios solicitó la venia de la niña María de Nazaret pidiéndole ejerciera el oficio de madre del Verbo encamado, a quien llamamos Jesús. Ella consintió, "hágase en mí"; y parió al Emmanuel, "Him/manú/El", Dios con nosotros. María de Nazaret pertenecía a nuestra raza, por supuesto: Era "sólo" una mujer, trabajada, modelada con el mismo barro nuestro. Pero había sido predestinada para ejercer su oficio de madre de Dios hecho Hombre, es decir, existió, vino al mundo como parte del misterio de la Encarnación, del formidable anillo que une el círculo infinito y eterno de la divinidad con el círculo temporal del cosmos. Ella estuvo inscrita en los registros municipales de su tierra palestinese cuando el emperador César Augusto firmó un edicto "para que se empadronase todo el mundo"; estaba ligada por esponsales a un muchacho de nombre José cuando "fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret"; le llegó la hora de dar a luz en Belén "cuando se cumplieron sus días". Ciertamente, "sólo mujer", partícula de la caravana que los hombres somos sobre la tierra. Pero mujer "MADRE DE DIOS", mujer criatura incorporada al anillo de la Encarnación que une el cielo con la tierra: Tal como el padre había dispuesto la



venida de su Hijo al mundo, esa "Encarnación" requería colaboración de una mujer-madre, imprescindible. De modo que siendo "sólo mujer, sólo criatura", su sitio está en la misma frontera, en la raya que separa el mundo divino del mundo creado. Sólo mujer, ni diosa, ni casi diosa. Pero existe para ser Madre de un hijo que es Dios. Por eso pura y limpia, inmaculada, íntima y radiante, asunta.

¿No les parece que Dios Padre creador, Hijo unigénito encarnado, Espíritu Santo vivificador, no les parece que las Tres personas de la Trinidad augusta han exagerado acerca de María de Nazaret mucho más de lo que exageramos en Sevilla?

LA reconciliación operada a costa de la sangre de Jesús representa, según san Pablo, el testimonio máximo de amor para sostener nuestra confianza: "... siendo pecadores, murió Cristo por nosotros... ; si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, ya reconciliados, seremos salvados" (Rom.5,8.10).

La salvación, la anhelada salvación está ahí, a nuestro alcance, ha sido anunciada y nos pertenece. El pensamiento capital, la idea fija de que "seremos salvados", de que "estamos a salvo", en la figura de María, colaboradora como madre en el plan divino redentor. Nuestro poeta Juan Ramón llamó un día a la esperanza "imagen alta y tierna del consuelo". Vengan aquí mis amigos intelectuales de la universidad de Múnich y díganme mirando a la cara de las Vírgenes de Sevilla si alguien puede darnos una imagen más alta y más tierna del consuelo. Péguay, uno de los maravillosos locos que han pisado el mundo, explicó en palabras resplandecientes el asombro de que sea posible la esperanza: Según él hasta le resulta extraño al mismo Dios que viendo los hombres "cómo marchan hoy las cosas" seamos capaces de esperar "que mañana irá todo mejor". Pero es que los sevillanos tenemos con nosotros la niña de Nazaret, la mujercita que parió un hijo para que enlazara el cielo con la tierra: los poetas piropean su "morena cara divina", una carita triste y sonriente



que nos trae "mañanas de cristal y tardes serenas" (Manuel Machado).

PREGUNTAN los viajeros, preguntan y no paran. Quieren interpretar el fenómeno humano de la Semana Santa. Les resulta incomprensible que un pueblo con reivindicaciones y desdichas haya salvado hasta hoy su fisonomía. Cómo es que llevamos dentro tanto desengaño y tal carga de alegría. Si de veras podemos sufrir y gozar al mismo tiempo...

Si fuera posible, que no lo es, yo llevaría al preguntón a medianoche del domingo de Ramos al patio interior de las Hermanas de la Cruz en la calle sor Ángela; y lo pondría de espaldas a las monjas que ancho portal aguardan a María Santísima de la Amargura; sentaditas en el suelo, al estilo oriental, como ellas hacen. El pasopalio se vuelve al mirarlas. Dicen que la Señora en su Amargura, celestial Amargura, ha visto delante a su Hijo despreciado por Herodes y Ella a punto está de romper a llorar, sollozante. Las hermanitas sollozan también. Y le sonrén. Ellas conocen la historia completa, le dan ánimo a la Virgen: tu Jesús padece, para alzarse a los tres días de la muerte y llenar de dicha las venas del cosmos, ya nos ves queriéndole, queriéndote, en lágrimas y sonrientes: somos, Virgen bendita de la Amargura, tus vecinas de barrio, hijas de Sor Ángela, Hermanas de la Cruz...

Puedo atreverme hoy a cualquier audacia, soy pregonero de las esencias de Sevilla. Ahí delante nuestro pueblo, aquí a mi lado las autoridades con el arzobispo y el alcalde. Puedo ser audaz. Un día no lejano, así esperamos, el Papa de Roma declarará la santidad absoluta de Sor Ángela, canonizará la Madre de los pobres. Será una jornada gloriosa, con allá media Sevilla y parte de la otra mitad. Quiero proponeros un sueño. Jamás un paso de la Semana Santa sevillana visitó Roma, centro de nuestra comunidad creyente. Para el día romano de Sor Ángela, podríamos llevarnos allá el pasopalio de María Santísima de la Amargura, con ella coronada y san Juan a su lado, el manto, el palio y los faldones de color granate y oro, sus cejas



arqueadas y las tres lágrimas de su cara, capataz y costaleros, candelería ardiendo, al son de su marcha, cruz de guía, un tramo de nazarenos, insignias, libro de Reglas, hermano mayor y Junta con sus varas. Plantaríamos el pasopalio en la plaza de San Pedro mientras el Papa define cara al cielo la santidad caritativa de Sor Ángela; y después vendrían levantás históricas para llevar en siete chicotás la Señora de la Amargura a visitar las Hermanitas de la Cruz en su barrio pobre de Roma, su casita humilde, y veríamos los ojos de asombro en los vecinos de la calle, y lloraríamos todos de contento... Señor Arzobispo, Señor Alcalde, Hermano Mayor, estaré loco, sacar de Sevilla un pasopalio; ustedes imaginen la maravilla de ver a María Santísima de la Amargura con media Sevilla al lado y parte de la otra media sonreír en Roma el día que Su Santidad canonice a Sor Ángela.

Nadie sabe, cómo nos quedaría un pasopalio lejos del cielo de Sevilla.

CUÁNTAS preguntas, cuántas , en España y fuera , me han planteado, me plantean en torno a la Semana Santa sevillana y sus Hermandades; Ninguna ciudad del planeta ha cosechado a lo largo de siglos semejante letanía de laudes y denuncias, de alabanzas y desaires. Sevilla no es un espectáculo, es una experiencia. Hay que entrarle, hay que ir con ella, lo cual no es fácil por una razón que yo me sé: los andaluces no tienen su región puesta en escaparate que aguarda el asombro y el piropo de los visitantes, los andaluces son y viven, lloran y ríen a su gusto guardando el compás de las emociones tradicionales con arreglo a un calendario secular. Les importa, pues bastante poco, lo que piensen y lo que escriban los viajeros que "vienen de fuera" a ver qué ocurre en la Semana Santa y en la Feria. Sevilla y su gente viven hacia dentro, están dentro... quizá demasiado: porque su actitud hermética les aleja de los circuitos financieros europeos, hoy que la economía condiciona el bienestar.

Eugenio Noel, tiempo atrás, observó nuestra Semana Santa. Miren que fue sutil escritor, aunque algo altivo: Pues no se enteró. Noel recoge una acusación mil



veces repetida por mis colegas eclesiásticos arriba de Despeñaperros. Prefiero copiar su alegato. Echa por delante los elogios, nada es aquí prosaico ni vulgar; nos ve "abrumadoramente originales"; a nuestro "anacronismo santuario ", que considera "costosísimo ", lo disculpa, le parece "delicioso"; impetuoso "el ardor popular"... Ahora, la estocada:

Más ¿y la fe? ¿Dónde se encuentra aquí ese recogimiento, ese desaliento convulsivo, esa ternura que solloza, el fervor ciego, la frente abatida, el rezo perseverante que inspira a la devoción la muerte del Hijo del Hombre? No interesa Jesús, importa la ciudad. Sevilla vive su propia adoración; es su tragedia. Los forasteros, seducidos por su encanto, sus delicias y la imponente magnificencia desplegada, creen ver luto en las almas, protesta en el corazón. Lo que hay es derroche, generosidad, orgullo y paganismo...

Eso llegan a decir y escribir. En resumen, preguntan con fuerte dosis de malauva: Si de verdad puedes convencerme de que las Hermandades de Sevilla y sus imágenes llevan en sí auténticos contenidos religiosos.

No defendiendo Sevilla, para qué. Me limito, si ellos inquietan, a referirles una experiencia personal. Los visitantes se muestran atónitos cuando ven participar a políticos de muy diversos colores en las Hermandades y en su estación penitencial. Sevilla no pregunta a nadie por su vida personal profunda, respeta los horizontes misteriosos de la fe.

ME ocurrió a pocos años de vivir en Sevilla.
Un mi amigo, hijo de cierto luchador sindicalista importante de los años de la República, vino a verme:

- Mi padre sabe que somos amigos, quiere verte; está moribundo.



Su padre, líder obrero de calidad, luchó cuando joven y soportó las derrotas. Encarcelado, huido, exiliado; de nuevo a la cárcel. Un largo calvario. Recuperó la libertad ya gastado, vencido.

- No pienses que va a pedirte los sacramentos, pero quiere hablar contigo.

Moribundo, lo encontré. Apenas podía hablar. Lo acompañé un rato, le apreté la mano. Hizo un esfuerzo:

- Padre, coja usted la cartera esa de la mesilla. Tomé la carterita.

- Ábrala, por favor.

Abrí, la carterita; sin dineros ya ni papeles, tenía con el carnet de identidad una estampa de Jesús del Gran Poder: Consumida, sucia, absolutamente gastada, casi no se reconocía la imagen de tan deteriorada. La besé. Quiso él besarla:

- Padre, yo hace tantos años, muchos años que no piso una iglesia; tengo fe, siempre la tuve; pero caí del lado obrero y luché por los míos; he estado al otro lado, en oposición con la Iglesia...

Le apreté la mano, yo conocía su historia. Siguió, jadeante:

- Desde los años treinta viví alejado de prácticas religiosas, ni pisar una iglesia... Pero esa estampita de mi Cristo del Gran Poder ha venido siempre conmigo, toda la vida, en mi cartera; en Francia y en la cárcel, en mi casa, siempre la he puesto a mi lado antes de dormirme. Ahora que me voy a morir, quiero pedirle a usted un favor...

A punto de lágrimas, qué podía yo hacer más que apretarle la mano:

- Lo que usted me pida. Repitió:

- Ahora que me voy a morir... Yo le tengo prometido a mi Jesús del Gran Poder que cuando fuera a morirme iría a verlo, le haría una visita para rezar un padrenuestro y decirle que me espere, que ya voy para allá... No puedo hacer la visita, a usted le pido si quiere ir a rezarle mi padrenuestro; y dígame al Señor que ya voy, que me espere...

Os juro que camino de la placita de San Lorenzo atravesé las calles de Sevilla



como irían los antiguos cristianos de Roma llevando desde las catacumbas la Eucaristía a los mártires de la cárcel Mamertina.

Aquella tarde comprendí del todo por qué nuestro hermano Jesús del Gran Poder tiene título de Padre nuestro y Señor de Sevilla. Los viajeros lo ven como una pieza cumbre de la imaginería sevillana, labrada en cedro por Juan de Mesa, primer tercio del siglo XVII, hermosa imagen con hombre hermoso. Para nosotros, en ese rostro del Señor Jesús va un dolor infinito, el dolor suyo y nuestro, un dolor que ha llegado a la orilla de las resistencias cuando estamos anegados en tormentos por encima de nuestras fuerzas: Él "puede" con los maderos de nuestras cruces, apoya suavemente la suya en el hombro, camina con todo el peso que le carguemos, está irremediablemente doblado, le pesan nuestros pecados, nuestros fallos: viene de Getsemaní, "y en las manos de fiebre su madero" (Rafael Laffón); es un Jesús que no ha despertado de la pesadilla de la noche del huerto, camina alucinado; le llamamos del Gran Poder y no hay en el mundo hombre más desamparado; mantiene airoso el paso aunque lleva auestas nuestros dramas de inocentes que sufren, niños, tullidos, flores de vida pisoteadas, nieve sucia, preguntas sin respuesta, amores enturbiados, por qué, Señor, por qué ocurren los misterios de dolor... Entregué mi mensaje:

-Tu amigo está moribundo, Padre Nuestro Jesús Señor del Gran Poder, Señor de Sevilla; tu viejo amigo está moribundo; no puede venir a verte; te traigo un encargo: Que ya va, que salgas a' recibirle, que le acojas...

A las dos de la madrugada del jueves al viernes santo los viajeros contemplan la plaza de San Lorenzo invadida por una muchedumbre que de repente calla, contiene el aliento. Una viejecita reza en susurro. Los nazarenos apretados en filas opacas levantan centenares de cirios que forman un arco de luz amarillenta. De acuerdo, un espectáculo abrumador, "uno de los espectáculos más sublimemente extraños que puedan verse en la tierra" (E. Noel); vale la pena venir de lejos para



contemplantarlo. Y preguntan:

- ¿Qué hay dentro?, ¿qué hay detrás?

Dentro, detrás hay... Sevilla.

- Cómo es Sevilla, por qué la quieres...

Bravo interrogante.

Con respuesta dispar, según oigamos la pregunta arriba o abajo de Despeñaperros: Aquí rajamos contra las tropelías políticas, sociales y culturales cometidas por nosotros mismos contra la ciudad. Pero saliendo fuera nos convertimos en trovadores de su encanto.

Don José Ortega, quien no siempre acertó hablando de Andalucía, define Sevilla como "ciudad de reflejos", y esta sí que a fe mía parece definición exacta: Sevilla ejercita poderes mágicos para jugar con la luz, con el aire, con las ideas y los sentimientos. Ni siquiera sabemos si Sevilla existe de verdad o sólo es un sueño de quienes la soñamos; cada cual suya y distinta, cada cual sueña su sueño sevillano.

Sevilla continúa existiendo mágica, impalpable, sutil, refugio de nuestros requiebros a pesar de tantos quebrantos, de tantos errores y tantas fechorías. Sevilla "va en nuestros labios" aunque las cuentas de nuestro rosario enumeran "cielos que perdimos", jardines rotos, compases entregados al tráfico hortera, palmeras marchitas, aire sucio: Aun así, nuestro amor le permanece fiel...

Dudo que haya en ningún repliegue del planeta ciudad mejor piroleada que Sevilla. Quizá sea legítimo el galanteo de Al-Motamid, rey poeta que compuso madrigales a la vera del río Grande: "Dejadme decir Sevilla, y así creará Alá que le nombro a él, que nombro el paraíso". Quisiera yo saber cómo le suena el nombre de Sevilla a los ángeles que cada noche de jueves santo sostienen las estrellas del cielo sevillano ... La nuestra es una ciudad aplastada por la canícula en los mediodías de agosto; sin embargo, le notas a la puesta de sol una tensión poética que la puede levantar íntegra por los aires hacia quiméricos horizontes, como Alejandro Collantes le cantaba antes de que izáramos enseña oficial: "Bandera de Andalucía, si yo te pintara... ". La pintaría "poblada de sonrisas, de paz y de cielo". Para entender Sevilla



hay que mirarla con ojos hechizados, como la vio Al-Motamid a quien su esclava Rumay Kyya lavando ropa en el río a la altura de la Pradera de Plata le oyó los versos: "El viento transforma el río / en una cota de malla... "; silenciosos los acompañantes que no acertaban a rematar la estrofa, Rurnay Kyya levantó la voz: "Mejor cota no se halla / como la congele el frío". Se casó con la esclava, el Rey poeta y desgraciado: Las aguas rizadas eran en las tardes de invierno como una cota de malla...

A veces la odiarnos, nos odiarnos a nosotros mismos porque parecemos incapaces de ponerla limpia, resplandeciente. Males soportamos cuantos imaginar se pueda. Pero al salir fuera, en oyendo su nombre nos llenamos de risas por dentro. Incluso aquellos a quienes Sevilla cruel echó de casa, Blanco White, Cernuda, tantos exiliados, exteriores o internos, dejan aquí jirones de su alma y llevan consigo para siempre entre pecho y espalda rasgones de nuestro cielo. Nos entristecen los problemas, el paro, la sequía, los dolores tan amargos del campo, la carencia industrial, el sufrimiento oculto de familias agobiadas. Pero nadie puede robarnos el aire, la luz...

EL misterio supremo de Sevilla es la luz, violenta, clara, limpia, preñada de los colores que lleva dentro dispuestos a desparramarse por cualquier choque prestando el escenario adecuado a las túnicas y a las imágenes de cada cofradía . Mi familia vive a orillas del río, a mitad de camino entre el puente de San Telmo y el puente de Triana, en la zona donde Bonifaz lanzó sus barcos a romper con la testuz las pasarelas de intendencia del rey moro. Los ventanales de mi casa dan frente a las suaves lomas del Aljarafe, colinas que fueron de tierra fecunda con el pacífico encanto de los alrededores de Florencia y la religiosidad de pequeños calvarios, cubiertos de ese árbol triste y santo que es el olivo. Por las mañanas, cuando va a salir el sol, el horizonte de Sevilla le prepara una concha de nácar con reflejos estriados de nubes pálidas. A la tarde, el sol cae por el Aljarafe: los árboles se incendian, de las palmeras cuelgan globos luminosos, el disco se hunde tras las colinas, y todo se apaga dejando



la tierra cansada, verde oscuro las ramas, toques de aire carbonizado sobre los tejados: Se murieron las palmeras. En mis primeros años de Sevilla, los barquitos del río soltaban a esta hora un lamento, mientras la locomotorita siglo XIX que trasegó por los muelles de la sal escapaba un penacho de humo. El alma de Sevilla es la luz: "Siento esta noche en mi frente / un cielo todo de estrellas" (Juan Ramón).

¿Hay una luz propia de Semana Santa? Los cofrades expertos, Joaquín Romero Murube también, distinguen matices precisos el Domingo de Resurrección, las tardes del jueves y viernes santo, la mañana del sábado. Quizá, no sé, aquí la luz vale por un enigma; quizá, no sé, a lo mejor ocurre que la luz de Sevilla está todo el año aguardando Semana Santa.

Piropos, la tira, añejos y nuevos; lamentos, quejas y penas... un rosario infinito: Sevilla es así, como la vida misma, un tejido de oro y esparto. Los árabes exageraban más que nosotros, llegaron a decir: "Tal es su grado de refinamiento que, si en Sevilla se pidiera leche de pájaro, se encontraría" (Al Sagundi). Feliz en ella, Alfonso X el Sabio la definió como "una de las más altas conquistas que en el mundo se hicieron", y su opinión la respalda el adagio popular del siglo XV: "No se debe llamar rey al que no sea rey de Sevilla". Nuestros clásicos la consideraron "compuesta de lo mejor que otras poseen" (Luis de Córdoba), dotada de "un no sé qué que encanta" (Mateo Alemán), "Roma triunfante en ánimo y nobleza" (Cervantes); Tirso la coloca en la cúspide, por encima de las ciudades amadas: "Nápoles tan excelente / por Sevilla solamente / se puede, amigos, dejar.

Así, hasta nuestros días; y cómo nos complace a los sevillanos regalarnos el oído. Una concienzuda escuela de sociólogos germanos está empeñada en fijar tablas científicas que reflejen la satisfacción de los moradores de distintas áreas de territorio europeo: Si viven a gusto pegados a su tierra. Miren que ingleses y franceses se pavonean restregándonos por la cara las excelencias de su patria. Pues resulta que el más elevado índice de satisfacción corresponde a los andaluces y concretamente a Sevilla: Aquí vive la gente más satisfecha que nadie. ¿Será posible, con lo que renegamos de nosotros mismos y los innumerables motivos que justifican tales de nuestros? Nadie hasta hoy ha conseguido explicar convincentemente el fenómeno. Habrá pocas ciudades en el mundo que condicionan tanto como Sevilla el desarrollo interior de quienes en ella moran. "¿A pesar de todo?" Sí, a pesar de tanto. Lo más curioso: Tal "índice de satisfacción" lo añoran desde lejos cuantos sevillanos se ven



forzados a residir más arriba de Despeñaperros; y "a pesar de todo" participan en este inconcebible embrujo de Sevilla quienes desde fuera vienen a vernos.

Periodistas, escritores y poetas nuestros, arman un revoltijo de laudes y mordiscos a Sevilla: "Fina, fría por cultura, y apasionada de corazón" (Ortiz de Lanzagorta); "profunda Sevilla de la historia, refinada, la Sevilla blanca y celeste, cielo y cal, de la bandera" (Antonio Burgos); "hay rincones en los jardines y en los barrios donde siempre parece que nos espera alguien que nos ama" (Romero Murube); "Sevilla tiene de común con Venecia que ambas nacen del agua, como Afrodita" (Aquilino Duque); "un astro indiferente al mundo" (Joseph Peiré)...

"Madrastra de sus hijos", presa "de conflictos nunca resueltos", "eterna desmemoriada de su propia grandeza", asediada "por logreros de toda condición", capaz "de maltratar siglos de historia y de cultura": no le perdonamos que a lo largo de los últimos cincuenta años haya cometido contra sí misma tropelías insignes como cegar el río) para remediar las inundaciones y tolerar atentados a su casco histórico.

SEVILLA, huidiza, esquiva, rechaza interpretaciones absolutas, correspondiendo a su calidad: "Ciudad de reflejos", físicos y espirituales. Entenderla exige un pellizco de ironía, que nos salva del narcisismo gracias al humor evitando que nos pasemos la vida mirándonos al ombligo. Ustedes los visitantes ilustres que hoy tienen la gentileza de acompañarnos ignoran la extraña presencia de una dama insólita en nuestra celebración semanasantera. ¿Qué dama? La muerte. Ocupa puesto en la procesión del Santo Entierro, a caída de tarde del sábado santo. La noble, señorial cofradía del Santo Entierro enlaza según la tradición nada menos que con la Hermandad de Cristo Muerto, establecida en el siglo XIII cuando San Fernando conquistó Sevilla. las nuevas Reglas aprobadas a comienzo del siglo XIX recogen una costumbre que remonta a Carlos II según la cual son Hermanos Mayores de la



Cofradía los Reyes de España. Lleva tres pasos, ocupando el centro del desfile la "Urna" neogótica con el cuerpo yacente del Señor, atribuido a Juan de Mesa. Sigue la Urna el paso llamado "Duelo" de la Virgen María, acompañada por San Juan, las Marías y los Santos Varones. El primero de los tres pasos, corresponde a la "insólita dama": A los pies de la cruz, vacía, sobre la que se apoyan dos escaleras utilizadas por los Santos Varones para bajar el cuerpo muerto del Señor Jesús, figura la muerte, sentada sobre la bola del mundo alrededor del cual se enrosca una serpiente con manzana en la boca: Este llamativo esqueleto, obra anónima entre el XVII y el XVIII, tiene título oficial: "Triunfo de la Santa Cruz sobre la muerte" . El paso de la muerte lleva siglos despertando la curiosidad y los comentarios de Sevilla, muchos de cuyos habitantes cruzan los dedos, medio en broma medio en serio, cuando pasa el esqueleto. Le han colocado un nombrecito zumbón, aficionados que somos a desdramatizar situaciones: "La Canina", decimos, será por aquello del hambre canina. Representa una pincelada irónica, y como tal soporta ciertas bromas sutiles. Por ejemplo, la del capataz que de repente dio señal inesperada con el llamador a sus costaleros:

¡Pararse ahí!; detuvo el paso junto a tres viejecitas que hablaban entre ellas distraídamente y al levantar la mirada se vieron la canina a dos cuartas de su nariz. A poco se desmayan; y alguien jura que abandonaron sus sillas y salieron de estampía. Al reconocido saetero Pepe Peregil he oído contar que él, conmovido por la penuria del esqueleto cantó ante el paso con su pizca de guasa esta saeta: "Canina mía / cuánto te quiero / pero te hace falta / un caldito del pulchero".

Quien no entienda estas cosas, renuncie a comprender Sevilla. Demasiado vieja, irónica, zumbona.

Hay ciudades cuya belleza te resulta imposible contar. Quién dijera lo fascinantes que son. Cierta amigo mío atinó con un piropo indirecto:

Sevilla es tan hermosa que sólo debiéramos pagar.

Repetir la idea en presencia del alcalde podría llevar algún riesgo, no sea que al ayuntamiento se le ocurra cobrarnos impuesto de entrada sólo por venir a verla: Un fielato de la belleza.

Acaso tendríamos que pagar impuesto quienes aquí dentro la piropeamos, cada vez que pronunciamos sus nombres: Así no lo tomaríamos en vano.



ASOMBROSAMENTE vieja. Amigos, fuera el sombre ro, Ciudades como Sevilla se tratan con respeto, no es correcto patear a la buena siglos de historia. En los tiempos más remotos, Sevilla fue un poblado probablemente ibero en un recodo a la orilla izquierda del Guadalquivir, poblado lacustre sobre el Lago Ligustino y luego centro de una llanada feraz. El río se ensanchaba en marisma, hacía un estero, donde los peces dejan en el paladar aromas vegetales. Las invasiones que llegaban río arriba desde el mar dieron al poblado desarrollo creciente: aquí remansaban los saberes del Mediterráneo y los misterios del Atlántico. Por estas costas plantaron los fenicios las columnas de Hércules que servían de pórtico al mundo razonable, después quedaba un más allá tenebroso. Los griegos encontraron el poblado amplio y fortificado: sus historiadores hablan de los turdetanos como de gente maravillosa, rica en metales preciosos, culta, abundante en todo bien de Dios, sobre todo en aceite y frutas, ah y vino, cera, miel, grana, bermellón y lana fina. Usaban gramática, conservaban monumentos y poesías viejas de miles de años, fijaos bien, cuando de seguro el resto de los españoles andábamos aun cazando raposas por sorpresa. La espina dorsal de este paraíso era el río Betis, que dio nombre a la región: Marcial lo pintó ceñido de corona de olivo y le celebró la prerrogativa de dar color de oro a los vellones. En la desembocadura del Betis dejaron huella los tiempos genesíacos: Tarsis, hijo de Javán y nieto de Jafet, fundó "por aquí" el poblado de Tartessos poco después de la dispersión de las gentes. En los preámbulos del Imperio romano, medio siglo antes de la venida de Cristo, Julio César propinó a los sevillanos una bronca sensacional porque después de haber recibido sus favores se pusieron del lado de Pompeyo: en los fastos de Roma, César consignó la conquista de Sevilla con la elegante frase, "Hac die Caesar Hispalirn vicit", este día César tomó Hispalis. Los hispalenses no se enojaron demasiado por los insultos de César que los había llamado revoltosos y cobardes: en las puertas de la ciudad esculpieron: "Condidit Alcides Renovavit Julius Urbern", Hércules edificó la ciudad, Julio (César) la renovó. Y para suavizar los enojos del amo del mundo, doblaron la carga de ánforas que llevaban a Roma el aceite más limpio del imperio.

Así creció Sevilla, cabeza de un amplio reino formado por la cuenca del río, escoltada por montes lejanos y abierta hacia el mar. Historia de leyendas le fueron enhebrando las cuentas de un rosario ilustre, con los nombres de Leandro que le puso calor en corazón; Isidoro a quien debe luz, en la inteligencia; Fernando y Alfonso, padres de su fe cristiana y de su organización administrativa.



Si no muy probable, sí es sugerente la poética etimología dada por San Isidoro al nombre de nuestra ciudad: la consideró asentada sobre fundamentos de madera clavados en la arena mojada, tierra movediza; y por eso habitáculo frágil, sutil, arriesgado, ciudad alzada, levantada y expuesta a la invasión periódica de civilizaciones venidas por el mar. Árabes y judíos nos dejaron callejitas tan angostas que semejan grietas para dejar pasar el aire; también nos legaron barrios y monumentos característicos. Sevilla consiguió encajar y digerir las oleadas humanas a lo largo de siglos, hasta verse convertida en plataforma de despegue y arribada de las naves que iban y venían entre España y las Indias.

DESDE aquellos años de grandeza imperial, cuando nuestras Hermandades cobran cuerpo y esplendor, hasta hoy, Sevilla conservó su esencia, su "mismidad". Ni las desventuras, ni los errores pudieron con ella. Tenemos una carga ingénita de pudor que nos impulsa a disimular el trabajo y los dolores: luego a la noche estallan imparables en el ay del cante. Somos conscientes del depósito de equivocaciones y fracasos que llevamos entre pecho y espalda.

Quizá Sevilla como habitáculo privilegiado sufre ahora mismo, en nuestros días, el riesgo más peligroso desde que la atacaron los vikingos. Vean qué contrasentido: crece Sevilla porque atrae a vivir en ella; pero al crecer, envenena los componentes biológicos que la hicieron atractiva. Me refiero a la invasión de ruido y ponzoña que los automóviles derraman en las arterias de la ciudad oscureciendo la luz, alborotando el aire dormido, pateando el misterio de las plazas, obligando a cerrar los balcones, prohibiéndonos mirar al cielo si no quieres jugarte la vida en cualquier semáforo ...

Me pregunto si Sevilla, que inventó la calle Sierpes cuando todavía ninguna ciudad europea disponía de espacios peatonales, será capaz de hallar salida al nuevo laberinto.



Un día me tocó la suerte de investigar el secreto íntimo de Sevilla, su recóndita fuerza de atracción, por qué ata, cómo sujeta nuestros quereres, es decir, cuáles son "las raíces estéticas de Sevilla": Apoyé mis pies en las huellas de la mejor tradición literaria, aceptando que las ciudades andaluzas poseen un tesoro de misterio y alegría, sólo que unas ofrecen el misterio fuera y dejan dentro la alegría, como Granada o Córdoba; otra en cambio, Sevilla, tiene arriba, a flor de piel, la alegría, y debajo, dentro, escondido, recóndito, el misterio (Antonio Gala). Mi investigación fracasó. Como quien investiga por qué la rosa es rosa. A Sevilla se la puede querer hasta el extremo de volverte loco por ella como le ocurre al pintor Amalio que "novio de la Giralda" le ha puesto un piso a nuestro alminar. Yo no puedo disputarle la Giralda, pero llevo años ahorrando para comprar la Torre del Oro, ese símbolo perfecto de la serenidad estética plantado como una pieza de ajedrez a orillas del río en guardia secular. Quiero comprar la Torre del Oro...

He fracasado, ignoro cuál sea el secreto de la belleza de Sevilla: Las rosas no se investigan, se respiran.

Pero sé una cosa.

Que si el amor humano fuera "hacedor" como lo es el amor divino; sevillanos, ustedes y yo, a fuerza de quererla, si estuviéramos dotados de fuerza creadora para volcar maravillas sobre nuestra ciudad, le daríamos cuánta grandeza y cuántos encantos; le pondríamos en sus entresijos la música callada y armoniosa del cosmos; resolveríamos sus problemas, inventaríamos trabajo, justicia y paz a favor de todos; la dotaríamos de mágicos perfumes y sabores; a fuerza de amor, a fuerza de soñarla y quererla, haríamos... qué milagro de ciudad, viejísima y fresca, sabia y niña, guapa, hermosa... qué Sevilla.



A HORA es llegado el momento de proclamar, amigos, cómo nos sentimos por dentro quienes, venidos de fuera, hemos sido admitidos por Sevilla a participar en su torrente vital. Os hablo de la Semana Santa, tesoro florido, hacienda ópima, patrimonio inviolable heredado de vuestros antepasados y cuidado con celo extremado por vosotros.

Al confiarme el pregón de Semana Santa me habéis entregado un cofre henchido, colmo de ternura. La ciudad, la diócesis, las Hermandades, depositáis en mí vuestro caudal predilecto. Descastado sería si olvidara daros gracias en las personas concretas del arzobispo, del alcalde, del presidente del Consejo. También al delegado de fiestas mayores, por sus palabras tan amables. A todos ustedes, amigos; os habéis fiado de mí. Conocéis mi sobresalto cuando un golpe de teléfono me puso al corriente del nombramiento. Y mi susto, porque sé qué significa jugarse las cartas con Sevilla. ya no puedo confesaros que pasé de la turbación a la alegría: aquí me siento feliz alzando mi voz para pregonar la Semana Santa. Me regaláis lo mejor que tenéis, no puedo pedirlos más. Sólo deciros, a punto de lágrimas: a todos, gracias, os abrazo, gracias.

¿Sabéis qué me gustaría? Recitar mi pregón Despeñaperros arriba, más allá incluso de los Pirineos: Contar Sevilla y su Semana Santa en París, en Roma, en Londres, en Copenhague. Decirles allá lo que a lo largo de treinta años llevo visto y oído, describirles cómo sois, la sabiduría humana y cristiana recibida de vosotros. Explicarles que, en la Semana Santa, los viajeros pueden hallar bullicio callejero y algunas impertinencias: A nadie se le oculta que resulta imposible evitar todos los excesos y todas las deformaciones de una gran ciudad que vive siete días con sus siete noches en la calle, plantadas las tiendas de su devoción religiosa como los judíos las plantaban en Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos. Un auto sacramental anónimo y grandioso, con toda la ciudad utilizada como escenario. Un Oberammergau cuya cadencia aterrorizaría a los campesinos de las montañas bávaras. Una paraliturgia gigantesca. Pero concedidos los defectos inevitables de una manifestación de esta índole, la Semana Santa de Sevilla constituye uno de los conjuntos populares religiosos más impresionantes del mundo. Al menos yo, viajero impenitente, no he conocido otro de tan finas calidades. Dije a mis alemanes de Múnich que se trata de un fenómeno fuerte: reclama la aproximación científica de los antropólogos; arrastra en sí cuerpo y alma de Sevilla; algo muy serio dentro de la fiesta, actitudes apartadas del cliché atribuido por ahí fuera a los andaluces; mixtura



soberana de contenidos afectivos y sentimientos religiosos.

DÉJENME hacerles una confidencia. En el pregón tenemos espías. Además de los ángeles que hoy se apiñan sobre el cielo de Sevilla para ver cómo arranca la Semana Santa -mi ángel de la guarda, pobrecillo, asustadísimo- asiste al pregón un lote de personalidades "infiltradas", venidas de más arriba de Despeñaperros. Mis palabras les miran a ellos con el rabillo del ojo. No pretendo despistarlos. Ni "justificarles" la Semana Santa de Sevilla, faltaría más: Se justifica por sí misma, como los acontecimientos señeros de la existencia humana. Sevilla y sus cosas son como son, están donde están. Pregonamos para entender mejor, para comprendernos a nosotros mismos mejor. A Sevilla íntima, a Sevilla religiosa, le complace vivir recóndita, recogida. Esa imagen jaranera que nos atribuyen la aceptamos porque nos sirve de dique, de parapeto, tras el cual defendemos nuestra identidad. Bienvenidos seáis, amigos llegados a celebrar con nosotros esta mañana que tradicionalmente abre la Semana Santa.

El Pregón significa en Sevilla un bien comunal, pertenece a todos. Llevo tres meses recibiendo en las calles la sonrisa cómplice de quienes se cruzan conmigo:

-Te rezamos, te queremos; buen trabajo, pregonero.

Me conozco bien la ciudad, pero nunca sospeché los sonos, el duende que va dentro de un pregón, la delicadeza estimulante que me obligó a mojar mi bolígrafo como si un cirujano clavara su bisturí en la carne viva de mi alma. Tengo el deber de hablaros a corazón abierto: Cómo puedes sentirte cuando una y otra y otra Hermandad te llama porque celebran a favor tuyo la Eucaristía; cuando una pareja de novios jovencillos cruzan la calle desde la otra acera y aprietan sin palabras tu mano; cuando la docena de pregoneros anteriores a ti arropan tu inquietud; y la célebre tertulia del Cirio Apagao te regala tapas repujadas en plata para meter tus



folios dentro; cuando los colegas periodistas y escritores y poetas te sugieren algún enfoque certero; cuando los guardias municipales saludan llevando su mano a la gorra; los taxistas renuncian a cobrarte; las monjas, mis queridas monjas, te mandan discretamente una tarjeta de ánimo; y una familia te regala el pañuelo con que limpiarte ahora el sudor de la frente; y otra familia te obsequia la camisa de clérigo que llevo puesta... cómo puedes evitar que Sevilla te asemeje una jaula mágica donde tu corazón late apresurado, un pájaro a punto de salir volando si la jaula estalla, volando ¿hacia dónde? Entonces pensé hablaros bajito, en susurro, sin alzar la voz, a medio tono, "casi al oído, como se dicen las cosas muy queridas" (Romero Murube), te quiero, así, a la madre, y vosotros a la novia, te quiero, al hombre escogido, a la mujer amada, te quiero, baja la voz, bajito...

Hasta el traje para hoy, mañana del pregón, me habéis aconsejado: Si "ponte corbata por una vez", si clerigman, por qué no sorprendes a todos vistiéndote sotana y manteo al viejo estilo... No faltó la guasa, claro:

- Este año eres en todo el mundo el único pregonero de la Semana Santa de Sevilla.

Ya sé cómo hay que perforar las bromas sevillanas.

Eso sí, me han convencido: El pregón te sella, imprime carácter. Pregonero, para siempre.

Yo, Dios santo, hace años creí que no podía quereros más, amar más a Sevilla. He soñado la ciudad feliz, bienestante, limpia, bellísima. Ahora me habéis introducido en las entretelas donde oigo los latidos de Sevilla; andando voy estos meses alucinado por dentro de sus venas.

Pensé pedirlos que no aplaudierais, me tentó el atrevimiento ... Para que nuestros visitantes de fuera no se escandalicen por las cosas que le decimos a Sevilla, cómo la queremos: ellos saben de nuestros quebrantos económicos, conocen nuestros fallos. Pero no tenía derecho a impedirlos los aplausos, que no miran hacia mí: Todo "esto", lo que el pregón lleva dentro, Sevilla y su Semana Santa, os pertenece, es vuestro, habéis de saborearlo, de disfrutarlo, a vuestro gusto; como os dé la gana. En definitiva, nuestra ciudad la comparamos a "una mujer orgullosa de contemplarse a sí misma, mujer que siempre quiere que le contenten los oídos y le alegren el alma



con requibros" (Antonio Burgos). A las palmas de vuestras manos, yo sumo las mías: Os debo toda mi querencia, y toda os la entrego. Sin guardarme ni una chispa de mi hoguera, ni un latido. Vosotros sois, el pregón de Sevilla.

AL penetrar en el tejido íntimo de las Hermandades he palpado fibras delicadas de nuestra ciudad . Cuando hace años vi la primera Semana Santa me acostumbré a esperar el paso de las imágenes lejos del centro ciudadano convertido en "carrera oficial". Entonces todavía existían ángulos silenciosos, libres de la muchedumbre, esquinas sorprendentes por cuyo recodo veías doblar las filas de nazarenos, callejitas tan estrechas que los varales del palio rozan las macetas de los balcones: Allí el sentido penitencial de las cofradías se revela auténtico, a solas con Jesús entristecido; te conmueve la variedad de túnicas, la palidez angustiosa de los cristos de sayal oscuro, el dolor helado en la cara bellísima de las vírgenes, los bosques de cirios encendidos que bajo el noble palio se balancean ante cada dolorosa... Pasaron pocas primaveras y nos vimos invadidos por la riada de visitantes que inunda totalmente la piel de Sevilla. Aparecieron aquellas pintadas entre ocurrentes y socarronas: "Viva la bulla", "la bulla al poder". Quienes sólo contemplan la fiesta externa del pueblo sevillano, ni adivinan ni pueden siquiera sospechar la corriente sanguínea que durante todo el año circula por el sistema arterial de las Hermandades. Os he conocido sin túnica ni antifaz, os he visto cuidar amorosamente las puntadas del tapiz que Sevilla despliega cada semana santa con tenacidad de siglos y respeto fiel de tradiciones, vuestra labor de amorosa orfebrería: varales de plata repujada, jarras y candeleros, la cera, los mantos, la corona, las joyas, claveles rojos, claveles blancos, la luz medida, el color repartido, todo sujeto a normas respetadas. Y por debajo de esa artesanía material, que da trabajo no de una semana sino de todo el año a miles de personas, he conocido la vinculación de individuos y familias al estilo espiritual que cada hermandad representa. He aquí uno de los misterios de Sevilla que sólo se perciben a fuerza de habitar largamente en esta tierra. El viajero puede creer que los entusiasmos de un barrio por un cristo o por una virgen



están elaborados con dosis pasajeras de exaltación colectiva: El viajero ignora que en el alma de los cofrades la compasión con Cristo dolorido y el amor a la Virgen señora constituye un depósito custodiado y cultivado a lo largo de toda la existencia. Esta adscripción de las familias sevillanas a cada Hermandad ofrece una plataforma de influencia religiosa muy profunda sobre todos los sectores de la ciudad, abre un camino cordial para la respuesta positiva a las exigencias morales. En el portal de las iglesias de Sevilla cuelgan a lo largo del año pasquines de estilo barroco que convocan a los hermanos de cada cofradía para que participen en la novena, el quinario, el triduo, ejercicios espirituales, cultos de desagravio, funciones de instituto organizadas por la junta de la Hermandad.

Ni siquiera vale la pena enfadarse, basta sonreír para desmontar los líos que desde lejos se arman con Sevilla. En vísperas de la Exposición Universal del año pasado, los periodistas encontraron una perla en las instrucciones de algunas agencias para ejecutivos que venían maletín en mano a ocupar un puesto en el tinglado técnico y comercial. Les recomendaban para situarse con éxito y prosperar entre nosotros, alojarse en un hotel distinguido, sacar el abono de la Maestranza y afiliarse a una Hermandad. Menos mal que no les prometían conseguir la plaza de hermano mayor, serán estúpidos.

Os he visto de cerca revisar vuestra vida cristiana, os he visto exigir la coherencia de vuestro testimonio público, os he visto solidarios con el hambre en el mundo lejano y con la miseria de muchos andaluces cercanos, angustiados por el paro. Como símbolo de vuestra sinceridad guardo en mis retinas la imagen de cierto besamanos. Un cofrade del barrio cayó en cama afectado de parálisis. Quedó inmóvil, no podría acudir a la cita de la Virgen. Un grupo de cofrades decidieron resolver el problema: fueron por él, lo tomaron en brazos, y lo trajeron ante la Virgen. De cariño lloraban Ella y él, pero a ver quién me convence de que la Virgen no dedicó aquella tarde una sonrisa de agradecimiento a cada uno de sus cofrades... Sé que os hacéis la pregunta, la llevo clavada en mis oídos desde que un día cualquiera la plantó al aire uno de vosotros a la vera del Cristo de la Caridad, Hermandad de Santa Marta: Si treinta mil, cincuenta mil, amigos de Cristo redentor acompañan como nazarenos al Señor que nos libera y nos salva, en Sevilla han de notarse las huellas de tantos pies ajustados a la horma del Evangelio: ¿Cuándo seremos una ciudad del todo justa, pacífica y bondadosa, cristiana de verdad?



TRAIGO aprendida la lección de aquel pregonero que reconoció sería imposible mandaros hoy a casa felices del todo; porque cada uno de vosotros lleva dentro su semana santa, íntima, misteriosa y profunda: "Para que salieseis contentos, tendrían que bajar a decir el pregón los mismísimos ángeles del cielo; y estoy seguro que, salvando el respeto a su celeste jerarquía, aún habría algún capillita que no estaría conforme con todo" (Romero Murube).

Otro de los más recientes pregoneros me avisó que no estamos solos quienes hoy ocupamos este recinto: Que todo el entorno de Sevilla, amén de otras ciudades andaluzas, está unido por la radio a nosotros. En ese inmenso anillo de afecto que arropa este pregón, hay enfermos misteriosamente clavados a la cruz de Cristo. ¿Enfermos, por qué? ¿sufrientes, por qué? Ningún filósofo, ningún sabio del mundo ha sido capaz de aclararnos el misterio del mal, por qué hay dolor en nuestras carnes: Por qué un niño muere chafado bajo las ruedas de un camión, cómo es posible que la tierra se abra y se trague quinientas personas, quién ha escondido los malos deseos en el corazón del hombre, por qué, por qué. De las cátedras de universidades brillantes del planeta recibimos teorías, sólo palabras: Describen las tensiones entre el espíritu y la materia, recomiendan el método estoico del desprecio, montan dialécticas acerca de aspiraciones colectivas que el futuro cumplirá. Sólo palabras, solución ninguna. Quizá la Semana Santa nos ofrece a los creyentes un rastro que permite adivinar ternura tras los designios insondables del dolor: Jesús nuestro Hermano se ha mezclado en nuestras penas, en los males cósmicos, en el margen triste de la historia humana. Cristo se ha sometido a la ley de la sangre.

Teológicamente, no era necesario. El Hijo de Dios toma la naturaleza humana para ofrecer al Padre satisfacción cumplida por nuestros pecados. Así verifica nuestra redención, de modo que incorporados a su misteriosa presencia poseemos la garantía de nuestra resurrección salvadora. La oblación del Verbo encarnado se realiza plenamente en el instante mismo de la Encarnación, teniendo como ara el seno de Virgen María.

Era muy hermoso que Jesús realizara codo a codo con sus hermanos de raza, los hombres que poblamos la historia, una trayectoria biográfica, dejando sus huellas en el polvo del camino.

Pero ¿a qué la pasión, la sangre, los azotes, las espinas, la saliva los clavos, la



desnudez, el escarnio, la sed, a qué viene la exageración de su muerte en cruz?

Nadie aclara este misterio, el supremo misterio. En las carnes sensibles de Cristo humillado tiembla todo el dolor del mundo: la inocencia de los niños, el amor de las madres, las noches del enfermo, la soledad del preso.

Por eso para los cristianos el dolor que nos alcanza no es un dolor nuevo, un dolor sin estrenar, sino que nos llega de rebote de los dolores de Cristo. Cuando estás sentado en tu sillón de enfermo y mirando través del cristal de tu ventana ves pasar al Señor de Pasión, va en cruz tu propia pasión, tus dolores, las tristezas. Él llora también tus lágrimas, experimenta tu desconsuelo. El dolor que sale a nuestro camino en la carne nuestra o en la carne de los hermanos, es un dolor "ya sufrido", ya caliente: porque ha pasado antes por el corazón de Cristo.

Cuando nos encontramos en las situaciones más penosas y más difíciles de nuestra vida, cuando más profunda es nuestra desolación, cerca estamos de la muerte de Cristo. No "inventamos" ningún dolor, ni lo "descubrimos": Sobre la tierra no existe un dolor desconocido. Van todos en la cruz a cuestras del Jesús de Pasión.

Con los enfermos, déjenme recordar que pegadas a la radio están hoy con nosotros esas mujeres que constituyen la energía secreta de nuestra comunidad creyente: las monjas de clausura y las religiosas de vida activa. Apenas se las nota, escondidas como están en los repliegues la Semana Santa exterior, que va a llenar de colores y sonido nuestras calles. Ellas, desde la clave íntima de sus monasterios, de sus conventos, de sus escuelas y hospitales proporcionan a la fiesta religiosa Sevilla una carga afectiva que perfuma la atmósfera espiritual como famoso azahar sevillano perfuma nuestro aire en primavera.



ME habéis encomendado pregonar el fenómeno inasible de nuestra Semana Santa: Estoy contando algo que escapa a formulaciones nítidas; me obligáis a decir lo innombrable. Quisiera yo saber cómo haré para corresponder de algún modo al cariño que habéis cado sobre mí. He intercambiado mis oraciones con las vuestras. Nos hemos saludado en la calle, nos hemos abrazado. Lo que ignoro es cuándo podré tomar con vosotros después de Semana Santa los cafés nos hemos prometido para Pascua. Sé cuántos cariños tengo atrasados. Si muero pronto, os aguardaré a la puerta del cielo junto a San Pedro y pediré al insigne portero que me permita tener a su lado un gran termo con excelente café cargado caliente: Según lleguéis, a cada una de las personas que acompañasteis mi pregón, os invitaré a tomar cafelito, mientras os cuento cómo están las cosas por allá dentro, como se circula por las avenidas del edén, el color de vuestra ficha en los registros angélicos y si he conseguido que vuestro ángel de la guarda diera un retoque para disimular aquel desliz de aquel día, tú sabes... Quedamos que pregonero de Sevilla se es para siempre, también para el cielo.

ERA la entrada de noche del 15 de abril del año pasado. No creo que mi colega francés olvide, por largos que sean los días de su vida, aquella experiencia. Lo recogí en el hotel hacia las ocho de la tarde. Técnico distinguido de la radio-televisión francesa, responsable en París de programas religiosos, escapó desde la reunión de Madrid a verme unas horas: con la pretensión de "conocer Sevilla y su Semana Santa". Cuando llegan así a cuerpo gentil para enterarse de todo en media jornada, les tengo terror: Vienen simplemente a confirmar sus prejuicios, antes que nada, la etiqueta que nos han pegado a la espalda: Según ellos somos los andaluces "un pueblo pintoresco". Hace años, allá por 1952, un andaluz residente en Madrid intentó apartar de la ruta del sur algunos extranjeros que traían las alforjas llenas de topicazos:

- Vayan ustedes a Zamora, a Valladolid; es mejor que primero vean facetas más opacas de la piedad del pueblo español; otro año bajarán ustedes a Sevilla.



Fue inútil, ellos venían a lo suyo. Vivía aún el cardenal Segura, objeto de desconcierto en los diarios extranjeros. Estos viajeros no estaban dispuestos a desaprovechar ningún cliché:

- No, no, queremos ir a Sevilla, queremos ver la Semana Santa "con castañuelas y cardenal Segura".

Miércoles Santo: Sevilla presentaba ese aspecto hechicero que le permite mezclar en tardes semanasanteras la fascinación de un escenario refulgente, con la mística intimidad a orillas de la última frontera.

Para qué deciros, ocho Hermandades. Por las callejitas de la Alfalfa lo llevé a conocer mis nazarenos de la Sed: quedó boquiabierto ante aquel reguero de hombres enfundados en túnicas negras y flotantes capas blancas; miró la faz de Cristo, me apretó el brazo ante el palio de la Virgen de Consolación. Esquivando las oleadas de gente alcanzamos en la puerta de la Carne los últimos tramos de la cofradía de San Bernardo; aguantó bien la caminata hasta la plaza de San Lorenzo donde los nazarenos del Buen Fin enderezaban su recogida. Pasamos a un bar, nos apoyamos en la barra:

- ¿Cansado?

- No.

Simplemente, lo noté silencioso. Dije:

- Llegaremos justo a tiempo de ver la entrada del Baratillo.

- ¿Cuántas son las cofradías del miércoles?

- Ocho; te perdono La Lanzada, el Cristo de Burgos, las Siete Palabras, y los Panaderos: no te da tiempo.

Le habíamos reservado sitio en un balcón de la calle Adriano.

Recordé para él las viejas historias del Arenal, con las aguas del río invadiendo el territorio que hoy ocupa el barrio. Mi francés sonrió; miraba la multitud apretada en torno a la cofradía:



- Ahora no tenéis oleadas de agua, tenéis oleadas de gente.

Quedarían, seguro, más sevillanos en las calles, acompañando la entrada de las otras Hermandades: Pero del Postigo a paseo Colón, veíamos un torrente, la marea humana pegada entre naranjos a las fachadas; tan pronto alegre, tan pronto siseando para dejar subir al aire una saeta, aplaudiendo...

A la una regresamos al hotel:

- ¿Te apetece quedarte un par de días? La noche de jueves a viernes te impresionará.

Había de irse, lo esperaban en Madrid:

- Ya estoy impresionado: Confieso que no os entiendo; y menos a ti, como sacerdote del Concilio Vaticano II: ¿Apruebas estos modos de religiosidad?

Me mosqueó, él quería pelea.

- No te han gustado nuestras cofradías.

Entró a matar. Fino, desde luego; gentil; pero soltó sus descargas: Que estos tipos de piedad son restos medievales; con una carga supersticiosa no tolerable para la sensibilidad espiritual de la época presente; y dan una cara arcaica de la fe cristiana.

Me puse europeo, hablé sin alzar la voz; eso sí, le canté las cuarenta:

- Querido amigo, los nazarenos que has visto escoltando las hermosas imágenes, forman parte de una ciudad empeñada en conseguir desarrollo económico y cultural; muchos nacieron en familias de jornaleros del campo andaluz y emigraron a trabajar en fábricas suizas, belgas, alemanas, han regresado porque desean afincar definitivamente sus hogares; otros, jóvenes profesores, catedráticos maduros de universidad, investigadores especializados en centros extranjeros, hablan media docena de idiomas; el porcentaje mayor corresponde a profesionales y ejecutivos del sector servicios, característico de una metrópoli moderna, entrenados en los sistemas comerciales y administrativos. Ocurre que son creyentes, cristianos en serio.



- Pero una fe de carbonero, al viejo estilo.

Acalorado levante la voz:

- Tú conoces con cuánto interés voy a comprar libros en tu país y a participar en vuestras convenciones, así que soy testigo creíble. Pues quiero decirte una cosa: Estimo preciosos vuestros planteamientos pastorales "teóricos", el tono exquisito de vuestra piedad. Sin embargo, habéis reducido la comunidad creyente a círculos selectos, minoritarios. Díme si podríais convocar una muchedumbre popular como la que has visto aquí para celebrar la Semana Santa.

- No podríamos, desde luego.

- No, claro; proponéis una religión etérea, reservada, aséptica, purificada de adherencias, envuelta en papel de plata, casi, casi, racionalista. La secularización ha devorado la fe de vuestro pueblo. Aquí nos hemos salvado de la helada espiritual gracias a estas expresiones de religiosidad heredadas de nuestros mayores y celosamente defendidas. Somos impuros, a vuestros ojos: Pero hemos creído y aceptado y seguimos viviendo la "revelación de Dios", la cercanía de Cristo desconocida para los exquisitos: Lo veneramos en nuestras calles, con su "historia de sangre y de amor", nos conoce como somos, es nuestro hermano, sufre con nosotros, nos ama, ha dado su vida para que no estemos solos en nuestra muerte; sus pasos de misterio aquí en Sevilla nos sirven como ventanas sobre el mundo invisible de la fe: Durante la Semana Santa, "Dios habita en la ciudad", la fuerza poética de nuestro pueblo ha creado un ámbito donde respiramos el misterio; nos sentimos elevados, suspendidos...

Contraatacó mi francés:

- Me reconocerás que "esto vuestro" no lleva dentro "sólo" fe religiosa.

Cierto, la Semana Santa responde a condicionamiento históricos, antropológicos, estéticos, que rebasan su estricto significado religioso. Nuestros expertos analizan el fenómeno desde múltiples ángulos de visión, como la vida misma. Pero sudarás siete camisas si pretendes interpretarla con lentes de "racionalismo flojito", vaciando en versión puramente cultural su tradición religiosa. Justo al revés, bajo el antifaz de nazareno caminan cirio en mano creyentes de fe



robusta y personas cuyo espíritu sufre la zozobra de la duda, de las oscilaciones y del temblor interior: Traen a la estación penitencial un deseo secreto, una súplica callada, esperan ganar con su cansancio buen lote de confianza para ver un día orientada su brújula.

Quizá me apasioné, probablemente:

- Si vienes un año a mojarte del todo en nuestra Semana Santa descubrirás que Cristo y María no son para Sevilla dos biografías de personajes que pasaron a la historia. Hay aquí la costumbre de estrenar alguna pieza de nuestro atuendo el Domingo de Ramos, al comenzar las celebraciones: un estreno simbólico, que sugiere el encuentro "nuevo", que aletea sobre tejados, y en las plazas, y en las calles, con los misterios de Jesús y de su Madre; el Evangelio narra la resurrección del Señor; la tradición de fe cristiana certifica la ascensión de María; dos seres "vivos", realmente existentes, cuya cercanía somos capaces de plasmar en Sevilla con nuestras imágenes amadas. Les rodeamos cariñosamente, nos apretamos en torno suyo. Les sabemos personas vivas, que reciben y proyectan amorosa energía. No son recuerdos arqueológicos, piezas de museo. Pregúntales a tus teólogos parisinos si ellos se atreven a impedir que un golpe de emoción viaje del corazón de una muchacha o de un viejecito sevillano hasta el corazón de Cristo "vivo"; y que un golpe de emoción viaje del corazón maternal de la Virgen María "viva", sencilla, preciosa, esa mujercita en la cual se cumplieron los misterios cuando el cosmos estuvo en vilo esperando su consentimiento al anuncio del ángel y nos enseñó el valor de la persona por su libertad ante la propuesta divina; di a tus teólogos sabios intelectuales si se atreven a prohibir que sin notarlo nadie María Santísima de las Aguas baje hacia cualquier mujer apenada por su hijo drogadicto los ojos dulcísimos que al salir Ella a la plaza del Museo trae alzados al cielo; pregunta a tus sabihondos si se atreven a privarnos del consuelo que nos da ver la mirada de la Señora perdida en lo alto hacia el techo de su palio bordado con sedas de colores; pregúntales si estamos locos por esperar que entre los varales cimbreantes Ella nos parpadee sin que nadie lo note... Diles que sí, estamos locos y nadie podrá arrebatarnos a Sevilla su deliciosa locura.



LOS antecedentes históricos de nuestras Hermandades, concienzudamente investigados ahora mismo por un lote de beneméritos historiadores, mantienen su rescoldo en los ritos anuales. De aquellos vía crucis medievales dirigidos desde el centro de la ciudad hacia los extrarradios del Prado, Cruz del Campo, San Lázaro, la Cartuja, reglamentados ya en el primer tercio del siglo XVI por el marqués de Tarifa, salvamos hoy la memoria con piadosas celebraciones a lo largo de la cuaresma: "Te sale Dios de pronto, / a susto limpio, / en una esquina, / alzado de dolor..." (José María Requena). Dejádme recordar la presencia en la catedral de Jesús Cautivo de la Hermandad de Santa Genoveva el primer lunes cuaresmal de este año. Llegó la imagen a la puerta de los Palos luego de cumplir en cuatro horas desde el Tiro de Línea el largo recorrido, escoltado por las Hermandades de penitencia. Traían al Señor Jesús tan sencillo, inerme, sin potencias, vestido de túnica color morado, ceñido de un cingulo, atadas las muñecas, tan manso, tan humilde, apenada la cabeza, bondadosa, dejádmelo decir, tan lindo, absolutamente cercano, radicalmente nuestro. Lo entraron en la catedral para cumplir entre una multitud de fieles conmovidos las estaciones del vía crucis, encabezadas por catorce cruces de guía. Resplandeciente la catedral, celestialmente iluminadas sus ojivas, recibió a Jesús Cautivo como dueño y señor de las bóvedas, del retablo, del crucero soberano; parecían inclinarse las columnas al paso de la imagen como reconociéndole amo de la casa, tan esplendente, radiosa, a él, chiquito, manso, y entraba en "su casa". Cantamos y rezamos, le prometimos emplearnos con tesón para liberar al mundo de injusticias, y de guerra, de miseria, de marginaciones, "ya que Tú traes las manos atadas indicándonos la hora de trabajar nosotros tu mensaje". Regresó a su iglesia lejana rodeado por los hijos del Tiro de Línea, que dan a Sevilla el ejemplo de fundir en una masa el barrio, la parroquia y su Hermandad. Viéndoos marchar ya de noche tuve, amigos de Santa Genoveva, la certeza de que vuestro Jesús Cautivo lo lleváis cada uno en vuestro pecho, así como estuvo en la catedral, chiquito, amable, bondadoso, y pedí que tú, la parroquia y el barrio le rindáis homenaje permanente de fidelidad y de amor.

El recorrido de las cofradías que confluyen desde la periferia de la catedral, parece trazado para restituir los vía crucis medievales.

De repente miras el plano de la ciudad, que sigue pareciéndonos casa de familia, y descubres que Sevilla se hizo grande, ancha y larga, solemne, lo que llaman una gran metrópoli. Por fortuna, sólo de tamaño medio. Ha ocurrido a lo largo del



siglo XX: Lo estrenamos con ciento cincuenta mil habitantes, y lo cerramos con setecientos mil. Medio millón largo de nuevos ciudadanos fueron pegándose a los costados de Sevilla según el ritmo implacable de transformación, cambio lento y Dios sabe qué amargo, de la civilización rural a la industrial. Nuestra gente soportó carencias muy penosas, en vivienda, en sanidad, en educación, ahora desgraciadamente renovadas a causa del paro.

Es milagroso que los barrios hayan tenido agallas para erigir Hermandades, decididos a realizar una presencia religiosa en el corazón de Sevilla, centro del espíritu llamado catedral. Para ciertos barrios antiguos marginados por el desarrollo urbanístico, una Hermandad ha servido de tronco recio alrededor del cual sus habitantes defendieron la identidad: Como árboles añosos, corpulentos, que mantienen la tierra entre sus raíces. Los barrios nuevos, más alejados, han trabajado tenazmente hasta ver recibida su Cofradía por el Consejo y aprobada en el catálogo diocesano. Me impuse la obligación de estudiar su ruta. Los cofrades del Jesús Cautivo gastan doce horas y media de camino para ir y volver de Santa Genoveva a la Catedral, de la Catedral a Santa Genoveva. Los cofrades del Santísimo Cristo del Desamparo, vienen y van del Cerro del Águila en catorce horas y media. Dura estación penitencial que les tiene ganada la admiración y el aplauso de Sevilla.

Trece horas y media emplean también en su itinerario mis hermanos de la Sed, Hermandad de Nervión que cumplirá en 1994 sus veinticinco años. La vi nacer. Con ímpetu joven, aquellos muchachos se exigieron a sí mismos ajustar sentimientos y actividades al espíritu renovador del Concilio. Luchadores, cristianos y poetas. Desde el primer momento enlazaron sus afanes a dos establecimientos claves del barrio: La cárcel y el Sanatorio San Juan de Dios. Quisieron un Cristo "de la Sed", título estimulante para quienes deciden "hacer algo a favor de Jesús sufriente". Y con la Virgen Señora, al proyectar su paso de palio, no imagináis cómo soñaban. Una Virgen derecha, erguida, mujer fuerte de la Biblia: María de Consolación y Madre de la Iglesia, el pañolito de consuelo en una mano y la navecilla en la otra, nave simbólica de nuestras vidas personales y de la existencia colectiva como pueblo de Dios caminante en la historia. Añadieron un inevitable toque sevillano. Nuestras vírgenes señorean las calles bajo preciosos palios que les prestan honor y elegancia. Los jóvenes de Nervión quisieron ponerle a su Virgen "cielo de Sevilla" bajo el palio: Pidieron a su escultor que diera celeste color azul a los ojos de María, "muy normal -dijeron ellos- entre las mujeres judías". Jamás olvidaré aquella mañana de septiembre de 1969, cuando



todavía cofrades de Hermandad sólo parroquial, los chicos de Nervión pasearon a la Señora para que tomara posesión del barrio: El rosario de la aurora más largo de mi vida, pues lo recitamos completo diez veces, ¡cincuenta misterios, cincuenta decenas del rosario! Sin fatiga, esquina por esquina, calle por calle. A punto de cumplir sus bodas de plata, la Hermandad de la Sed porta gozosamente su Virgen de Consolación de cuya mano pende con hilo muy fino la barquita de la vida: Pido a la doncella nazarena de ojos azules, como quizá serían los suyos en Palestina, que mantenga firme nuestra ciudad mientras nos balanceamos sobre las olas azarosas de final de siglo: Que ponga a Sevilla en ruta bonancible cara a los tiempos que vienen, y nos ayude a conseguir una ciudad armoniosa, próspera, venturosa, risueña y honrada.

TUVO que ser don Marcelo Spínola quien guio mis pasos hacia Sevilla orientando mi estrella para que tomara tierra donde la tomé. Al santo cardenal debo mi encuentro con Sevilla pues por "culpa" suya vine a la ciudad: Tengo prometido agradecersele "la primera tarde que pueda pasear a su lado por las verdes praderas del edén". Quizá mi venida de su mano traía escondido un presagio que hoy alcanza cuerpo cuando me toca pregonar esta Semana Santa: la densa biografía de don Marcelo incluye capítulos deliciosos y ejemplares como abogado de pobres en Huelva, párroco, canónigo y obispo auxiliar en Sevilla, obispo en las Hurdes y en Málaga, arzobispo y cardenal de nuevo en Sevilla, coronando su trayectoria con las estampas miniada del arzobispo mendigo. En esa biografía ocupan página de honor sus amores, sus delicadezas para las Hermandades, primero como cura de San Lorenzo, donde labró profundo y sembró copiosamente en los surcos que le ofrecían las cofradías asentadas en su parroquia: Roca-Amador, Gran Poder, y Soledad, nada menos. Luego, de arzobispo, dio muestras de cariño a varias Hermandades; y resolvió un pleito enojoso entre la Macarena y el Gran Poder. La madrugada del viernes santo de 1902 ocurrió el incidente, uno más de los que hoy procuran evitar los delegados de día. En un costado de la plaza del Duque, la cruz de guía de la Hermandad del Gran



Poder aguardaba que acabara de pasar la cofradía del Silencio, para entrar en la Campana hacia la carrera oficial. Por el otro costado de la misma plaza apareció la cabecera del desfile de la Hermandad de la Macarena, y su cruz de guía, precipitando el paso, ocupó el sitio detrás de la cofradía del Silencio: los nazarenos del Gran Poder se vieron forzados a ceder el puesto y desfilaron detrás de la Hermandad de la Macarena.

El suceso alborotó Sevilla y podía traer serias consecuencias, pues el protocolo de la estación de penitencia sirve de garantía para el orden del prodigioso laberinto semanasertero: los cofrades de la Macarena habían roto hostilidades frente a lo que consideraban prepotencia de los hermanos del Gran Poder. Como réplica al incidente del viernes santo, la Hermandad del Gran Poder decidió defender sus derechos de precedencia en el desfile.

El arzobispo don Marcelo, deseoso de evitar "un proceso con escándalo, disgustos, gastos y enemistades", medió entre las dos Hermandades. Estudió los antecedentes históricos, aclaró el galimatías jurídico, dialogó con los hermanos mayores; y propuso una "concordia": la Hermandad de la Macarena cede al Gran Poder su derecho de preferencia, "si es que le pertenece", con la expresa condición de que la Hermandad del Gran Poder envíe de doce a una de la madrugada del viernes santo una comisión a solicitar cada año la venia. Ambas corporaciones firmaron ante notario esta concordia el 24 de marzo de 1903.

Así se cumple. Desde hace exactamente noventa años, a medianoche del viernes santo la comisión de nazarenos del Gran Poder, vestidos de túnica y capirote, golpea las puertas de la Macarena; les recibe la comisión de San Gil, y luego de una breve oración, los del Gran Poder pronuncian la fórmula solicitando "venia para la prelación en la estación de penitencia de esta madrugada". Las dos Hermandades llevan noventa años de relación amistosa y se intercambian esos dones de flores y cera que dan sutil belleza a la Semana Santa.

En el recuerdo de la concordia me encanta rendir homenaje a don Marcelo Spínola, de cuya mano llegué a Sevilla. Sus hijas las Esclavas del Divino Corazón me dieron casa en mi familia sevillana.



A orillas del Guadalquivir; abierto mi balcón al río... ; abierto mi balcón al río... y a ese barrio mítico y cofradiero que llamamos Triana: Cada madrugada y cada puesta de sol cumplo el rito de asomarme a tender la mirada sobre la otra orilla; mis ojos buscan el emplazamiento de cinco capillas donde las Hermandades trianeras guardan diez joyas preciosas de la corona de nuestra Semana Santa: lejos, al fondo del barrio, San Gonzalo y el Cachorro; cerca, en un arco a la vera del puente, la O, la Estrella, la Esperanza... Ved qué nombres, decís Triana y decís el paraíso.

Exactamente "Triana el paraíso" llamaron los viejos lobos de mar en países lejanísimos a este barrio marinerero, por cuyas callejas todavía en el siglo XIX vieron los cronistas "cómo saltaban de las embarcaciones hombres que nacieron entre las brumas del Támesis, o sobre los hielos de Groenlandia, curtidos por el viento, oliendo a brea, con más barbas que un zamarro: pasean por la velada, requiebran a las mozas, empinan el codo (Luis Montoto). Cuenta la leyenda que un marino con los años de Matusalén narraba sus aventuras a los nietecillos al calor del hogar en un fiordo helado de Noruega:

- Recorrí las cinco partes del mundo, he luchado a brazo partido con las olas y los vientos, cuento un rosario de angustias y privaciones; pero todo lo doy por bien empleado: fríos, vientos, naufragios, hambre y sed; todo, porque una vez toque en la gloria.

- ¿En la gloria, abuelo?

- Hijo mío, sí; la gloria es un país que está en el cielo; se llama Triana, y tiene sus ángeles, las trianeras.

Por algo Lope de Vega cantó las glorias del Guadalquivir confrontándolo con ciencias y riquezas: "¿Qué Salamanca ni Corte / como aquel famoso río?".

Tenso de nervios y apretada la emoción, espero cada año ver venir desde mi ventana los estandartes trianeros a llenar de gloria la entrada de Sevilla por el puente.

El domingo de Ramos, en pleno apogeo de la tarde, mientras el sol desploma su poderío sobre las colinas del Aljarafe, las columnas de nazarenos blancos con antifaz, morado los del Señor, azul los de la Señora, avanzan por el puente portando nombres e insignias a honor de Nuestro Padre Jesús de las Penas y María Santísima



de la Estrella. Con el santo Lignum Crucis, traen la devoción de las alfareras, Justa y Rufina, que Triana regaló a Sevilla para que sostengan enhiesta la Giralda. Portan además en sus capas, bajo la enseña de San Francisco de Paula, el recuerdo de los frailes mínimos dedicados en su antiguo convento trianero de la Victoria a echar puñados de agua bendita sobre los bajeles de Indias. Yo sé por qué la Estrella viene tan linda, valiente y tan airosa. Su cofradía nació en aquel convento de los mínimos cuando Triana era nido de traficantes y marinos. El convento veneró la imagen de Nuestra Señora de las Victorias, que presidía la marcha de los marinos españoles que salían Guadalquivir abajo a buscar por las bocas de Sanlúcar el abrazo del mar. Ante la Señora de las Victorias, la mañana del 10 de agosto de 1519, arrodilló a sus hombres Hernando de Magallanes, que tenía aparejados cinco navíos en el muelle de las Muelas: "La Trinidad" con enseña de Almirante y los cuarteles de don Hernando; la "Concepción", porque no podía faltar este título; "Santiago" y "San Antonio"; "Nuestra Señora de las Victorias", que se llamará sencillamente "Nave Victoria" y será el único de los cinco bajeles que el 8 de septiembre de 1522 con dieciocho hombres a bordo capitaneados por Juan Sebastián Elcano regresará para rendir homenaje a la Señora y contarle que efectivamente la tierra es redonda. La Virgen de Triana conocía de cara a todos los marinos de España. Ellos le fundaron cofradía y le pusieron por nombre Estrella, "bendita candelita en la noche" (Shakespeare) que guía nuestra ruta: Así vienes, Señora, con tu nombre "robado al cielo" (Morales Padrón), esplendor que emana del rostro de Dios; así atraviesas gentil nuestro puente para dejar sobre la ciudad de Sevilla el reguero de luz de la Estrella de Triana.

A la misma hora del lunes santo, cruzan el puente los nazarenos también blancos de San Gonzalo: traen ya dos horas de caminar por su barrio, avenida de Coria y San Jacinto. Los jóvenes que hace medio siglo pusieron en pie la Hermandad, se acogieron a la Virgen de la Salud; y colocaron a Jesús ante Caifás proclamando "con soberano poder" su filiación divina.

El jueves santo sobre las cinco de la tarde llegan al puente, vestidos de morado y capa blanca, los nazarenos de la Sagrada Columna, cofradía con un nombre popular de resonancias pictóricas y costumbristas, "las Cigarreras": echa desde el aire sobre el río imágenes de soldados con bandera y música. Asentada lejos de Triana, en pleno barrio de los Remedios, redime su distancia entrando por calle Betis y Pureza a buscar el Altozano.



EN la mágica madrugada sevillana, la más alta que los humanos han inventado en el planeta, madrugada del Viernes Santo, mientras, Silencio, Gran Poder y Macarena ocupan la carrera oficial, cuando el Calvario está por arrancar de la Magdalena, me veo aparecer por el Altozano "la Niña Bonita de Santa Ana". Portan sus nazarenos túnicas de respeto: terciopelo; morado con el Cristo, verde con la Virgen; todos, blanca la capa. A tal barrio, tal Señora. Triana tiene por catedral la iglesia de Santa Ana; por reina, su Virgen de la Esperanza. Triana y los trianeros constituyen el escenario ideal para que la sencilla mujer que fue María de Nazaret se encuentre a gusto, como en casa. El barrio enamora con su historia sencilla de artesanos, marineros, pescadores, ceramistas, tejeros, historia de gente laboriosa, bienintencionada y acogedora. Así nació la Hermandad, fundiendo en su crisol desde principios del siglo XV la devoción de varios gremios. Si los periodistas pudiéramos entrevistar a la Virgen María y le preguntáramos dónde se encuentra a gusto, ella respondería que en Triana. Los trianeros lo saben, por eso nos la traen a Sevilla como una reina; la Reina. Alguien desde mi paseo Colón vio una madrugada de viernes santo saltar el corazón del río "por encima del puente", sólo porque el Guadalquivir quería rozar los varales del palio... Nunca te pagaremos, Triana, en lo que vale, nunca te pagaremos bien nos hagas el favor de traerla para que vea y bendiga Sevilla.

A la tarde, viernes santo por la tarde, ya todo está cumplido. Con sólo una hora de pausa, atraviesan el puente de Triana el Cachorro y la O. Sevilla rodea de amor y leyendas el Cristo de la Expiración, cuyos nazarenos lo traen en su estación penitencial "muriendo", "expirando", a punto de exhalar su último aliento. La manera mejor que en esta tierra tenemos de dar cariño a una persona consiste en tratarle familiarmente, confiadamente. A este Cristo portentoso, a esta imagen que "dice la muerte", "Dios gitano de Sevilla" (Carlos Muñoz), le tenemos puesto un nombre castizo, de pelea: El Cachorro; muere, pero vencerá a la muerte, no lo damos por vencido. Lloramos con saetas, que nos brotan de compasión hondísima: "La flor que da la garganta / tiene su raíz al pecho" (María de los Reyes Fuentes). Tenemos tanta pena por la Virgen al pie de su Cachorro: "Madre del Dios vivo / Mare del Dios muerto, / ¡murió asfisiado, hecho un puro grito, / y aún sigue muriendo!" (Carlos Muñoz). Lo veo alzado en volandas sobre el puente, todos empujan, quieren glorificarlo antes ya que muera del todo: Triana y el Guadalquivir semejan en estas horas "un monte", la cruz, "donde Jesús moribundo, está tomando impulso para despegar los pies iniciando su ascensión" (Carlos Muñoz) y arrastrándonos a todos en su viaje: "... tu silueta va en el río / caminando otra vez sobre las aguas... / Te llevamos / en la cruz / y



ni nosotros ni Tú te hundes" (Aquilino Duque). Cristo moribundo no asciende, no se hunde; prosigue su camino de expiración, Dios con nosotros, hombre con nosotros, misterio de la muerte y de la vida... Por mucho que lo alcen, no huirá: "Te levantan sobre el puente / porque eres Dios soberano, / y te resistes valiente / que quieres ser nuestro hermano / y morir entre tu gente". Sólo espera que caminemos con Él: "Puente de Triana, / puente y mundo entero. / Tós le damos muerte, pero tós llevamos / la cruz algún trecho" (Carlos Muñiz).

Siguiéndole los pasos al Hijo, cruza el puente la Hermandad de su Madre, María Santísima de la O: Como si no quisiera que se lo extraviemos en alguna calle de Sevilla. Bendita Triana, cireneo del Cachorro.

A orilla del río, mi casa pertenece al barrio del Arenal: una fortuna de barrio, quién sabe si huele a calentitos y a pescado frito desde tiempos de Al-Motamid. Cervantes, bastante descarado, denunció que las arenas de nuestro barrio, lonja menor del tráfico de Indicas, concentraban en su tiempo la mayor afluencia de pícaros del mundo: Acudían al reclamo del puerto, esperando recoger migajas de tesoros desembarcados de los bajeles al pie de la Torre del oro. Lástima que don Miguel no alcanzara la transformación paulatina del Arenal según le fuimos ganando terreno al Guadalquivir para establecer un caserío de menestrales; gente de buena pasta que trazaron calles y callejas: Los Húmeros, barrio de pescadores junto a la Puerta Real; la Cestería, ante la Puerta de Triana, con su vecindario dedicado al tráfico del río; el Baratillo, en el centro, espaciosa llanura de mercado, accesible por la Puerta del Arenal; la Carretería, hasta el postigo del Aceite, con sus talleres de tonelería, almacenes, oficinas del muelle; la Resolana, entre el postigo y la Torre del Oro, sobre el solar de las Atarazanas. Arenal de Sevilla; Mercado pintoresco, feria popular donde los chamarileros trajinaron alrededor de una cruz de hierro alzada sobre peana de ladrillos; tiendas y mesones; un convento de frailes agustinos; y dos hospitales que pronto vieron aparecer en el barrio el milagro de caridad de Miguel de Mañara a la



vera de la ermita de San Jorge. Tan buena gente los menestrales del Arenal que redimieron la fama del barrio ganando para su caserío la afición, el apego de toda Sevilla: la ciudad nos entra bajo el arco del Postigo media docena de sus Cofradías, cuyos pasos navegan por Arfe y Adriano sobre la marea alta de nuestra devoción. Tan buena la gente del Arenal, tan hacendosa y honrada que ni los malos ácidos de nuestra época le han corrompido la tradición familiar de sus hogares. Pequeños talleres, tiendas minúsculas, bares donde se recuerdan los versos de Florencia Quintero y los cantes del Pali; aquí los moradores nos conocemos, nos decimos "buenos días" y "adiós", "saludos en casa". Podríamos aparecer algo hinchados de vanidad ya que situado entre la Giralda y el río nuestro barrio en cuatro palmos de terreno vio nacer las Torres del Oro y de la Plata, las Atarazanas y la Casa de la Moneda, el Hospital de la Caridad; aplaude en la Maestranza lances toreros y a tres pasos escucha en religioso silencio las orquestas de fama mundial. El Arenal cumplió tantos oficios al costado de Sevilla: fue al ritmo de los tiempos mercado barato, mancebía, paseo distinguido... Hoy tiene plantadas en su recinto tres capillas, minúsculas de tamaño, para custodiar dentro, como sucede en un sagrario, tesoros de alta devoción: Hermandad de la capilla de Dos de Mayo, felizmente cobijada, por fin, a espaldas de este edificio donde nos hallamos; Hermandad de la Carretería, antigua de los Toneleros, en su calle Varflora; Hermandad del Baratillo, cuya capilla ostenta como remate de su bóveda la cruz -de cerrajería que fue por el siglo XVII centro religioso del Arenal.

Las cofradías del barrio cumplen su estación de penitencia en lunes, miércoles y viernes de Semana Santa, dejando el margen de tiempo conveniente para que "todos" puedan participar en las tres, acompañando cada jornada a la protagonista del día. Vean con qué sabor familiar han elegido los títulos para la Virgen. Al pie de la cruz donde está muriendo el Santísimo Cristo de las Aguas, Nuestra Señora mira apenada con su Mayor Dolor: como miran las madres a los hijos cazados en una desgracia irremediable. Ni siquiera preguntan por qué, simplemente devoran la tristeza. Ya muerto el Hijo, redentor nuestro, Santísimo Cristo que con su muerte nos da Salud, Nuestra Señora aparece rodeada de personas que habrán de ayudarle en el Sagrado Misterio de sus Tres Necesidades, pues ha de cumplir ella sus oficios de madre sobreponiéndose al dolor: Cómo bajarle de la cruz, con qué ropa envolver su cuerpo, dónde sepultarlo. Sagrado Misterio que evoca las tres necesidades amorosas de una madre si la desgracia golpea cruelmente su hogar. Cuando le han descolgado el Hijo, Santísimo Cristo de la Misericordia, lo han depositado yerto sobre el regazo de



María. Señora de la Piedad, ella no quiere retenerlo para sí; sosteniendo la cabeza del Señor con una mano, nos lo muestra con otra al pie de la cruz vacía; que ya se cumplió el misterio: Tenedle piedad, tenedme piedad, es vuestro, así le pusisteis...

Vírgenes benditas de mi Arenal, que escoltadas por nazarenos blancos y azules salís del barrio hacia el corazón de Sevilla como salen las madres a buscar a sus hijos: Vírgenes benditas del Arenal, dejad a Sevilla luz en los ojos para que nunca extravié su camino, piedad en su pecho para sentir el dolor de los hermanos, caridad en sus manos para socorrer necesidades; Vírgenes de mi Arenal, sonreídle a Sevilla.

LAS cofradías de los barrios crean un "luminoso anillo procesional" (del Rey Caballero) que abraza el corazón de la ciudad. De los viejos gremios medievales nacieron Hermandades de hortelanos, de estudiantes, de panaderos, gitanos, cigarreras, de aristócratas; quién lo dijera, de negros y mulatos, fueran libres o fueran esclavos, que hallaron la protección y amparo: Bajo el cariñoso título de "Hermandad de los Negritos", acoge hoy a dos mil trescientos hermanos, de los cuales ochocientos acuden a ocupar filas como nazarenos acompañando al soberano Cristo de la Fundación y a la Virgen de los Ángeles cuyo manto de tisú celeste va decorado con cabezas de ángeles de marfil. Los negritos celebran ¡seiscientos años de existencia! Con menos de cincuenta años y sólo cinco de estación penitencial, la Hermandad del Cerro del Águila cohesiona en su ancho barrio más de cuatro mil hermanos, un fermento cristiano en la compleja periferia ciudadana: mil quinientos de sus hombres y mujeres jóvenes caminan de mediodía del martes a la madrugada del miércoles catorce horas y media como nazarenos del Cerro a la catedral, de la catedral al Cerro.

Para comprender estos sacrificios cofrades a la vera de sus santas imágenes, los viajeros tendrían que acercarse durante el año a los entrañables besamanos de las parroquias clásicas de Sevilla: San Benito, San Bernardo, San Roque, San Román... entonces apreciarían cuánta confianza nace del amor. Ver la Virgen "bajada" de su



camarín y colocada al pie del altar: Todo el barrio la rodea, chicos y grandes, hombres y mujeres, apenas alcanzas a distinguir la cabeza del Señor entre el mar de visitantes, alegres, contentos, que parlotean y rezan en tomo suyo; te acercas, unos le besan la mano, otros quedan quietos, silenciosos, la miran con ternura... En mis primeros años de periodista joven, Roma olía por barrios a café tostado; adivinábamos el sabor por el perfume salido de los tostaderos. Sevilla califica sus barrios por el color de túnica de sus nazarenos.

Si eres el pregonero del año, la Junta de la Hermandad te invita luego de la función religiosa a un pescaíto frito. Habíamos escuchado en San Bernardo la homilía del Sermón de la Montaña. El hermano mayor me planteó una investigación bíblica: Si Jesús y los apóstoles tendrían también su pescaíto después de las parábolas. Quién sabe, andaban a orillas del lago. Quién sabe, tendría gracia que aquellos pescadores, se llamaron Pedro y Andrés y Santiago, Juan, no estén mirando a los sevillanos con alguna envidia desde el cielo cuando acompañamos el pescaíto frito con una copita de fino...

QUEDA pendiente sobre nuestras cabezas el último, radical, interrogante:Cuál es la sinceridad religiosa de las Hermandades de Sevilla.

El tapiz de nuestras cofradías mezcla puntadas de calidad cristiana, increíblemente pura, con otras turbiamente sensuales. Por eso al lado de cánticos y poemas místicos, la Semana Santa sevillana presta margen literario a ensayos y novelas con brújula enloquecida.

Discuten ahora los expertos si los comportamientos de nuestra ciudad se apoyan en la sensibilidad barroca o están condicionados por el impresionismo característico del siglo XIX.

Con los datos históricos en la mano, resulta indudable que Sevilla, sobre la base



de antecedentes medievales, abrió el arco iris de su prodigiosa celebración semanaserana de mitad del siglo XVI a mitad del siglo XVII. España fue por entonces gloriosa y desdichada. Cuánta hambre, Dios bendito, pasaron los súbditos de nuestro emperador Carlos, primero de España y quinto de Alemania. Don Carlos dio en herencia a su hijo don Felipe la monarquía hispana, pero también le dejó hambres endémicas. Nuestra grandeza, siglo de oro que cubre todo el XVI y medio XVII, la sostuvo el sacrificio callado de siete millones de españoles. Ciertamente que nuestro emperador señorea el planeta. Dueño de un imperio que jamás vieron ni verán los siglos: el suyo es el primer "imperio cósmico", probablemente será el único en la historia de la humanidad. Los muchachos de Castilla y Aragón pasean el pendón imperial por horizontes lejanos: Flandes, Alemania, Italia... Sevilla les sirve de plataforma hacia las Indias. Muchos jamás regresan, queda de ellos sólo un reguero de gloria. Además de los hijos, el emperador arranca dinero de los hogares españoles. Nuestro país podría haberse enriquecido con el tesoro que los bajeles traían de América. No fue así. Ni hombres ni recursos teníamos suficientes para ejercer la responsabilidad imperial que nos costó vidas y oro. Don Carlos convocaba las cortes para exprimir las con una zarabanda de cifras descomunales que enloquecían las haciendas privadas y públicas. Y nunca bastaba. Tuvo que recurrir a préstamos negociados con los grandes banqueros de Alemania y de Flandes, su hijo Felipe acudirá a banqueros genoveses. Les dieron dinero, los banqueros, exigiendo como garantía ¡los bajeles de Indias! Así el chorro de las riquezas que de América desembarcaban en Sevilla, "pasaba" por España sin detenerse, subía camino de Ámsterdam y de Augsburgo. A mitad de siglo, a don Carlos los banqueros le tenían íntegramente embargados "todos los ingresos de América". En trances de apuro máximo, el emperador llegó a vender bienes de la corona, echó mano a la dote de la emperatriz, dio las Molucas a Portugal, puso como garantía las minas de Almadén. En Sevilla se nos murió hace pocos años el sabio historiador de la economía don Ramón Carande, quien le tenía echadas las cuentas al emperador don Carlos: le descubrió las trampas, le localizó los banqueros, le trazó la terrorífica diagonal de la ruina; pero siempre le pregunté si más que el chorro nacional de impuestos requeridos a las cortes para sustentar los tercios en Europa y los colonizadores en Indias, no fue agotadora la sangría de mozos jóvenes reclutados pueblo a pueblo; ciudad a ciudad, como material humano de las grandes hazañas. Cuando España pudo ser rica, nos hizo pobres como ratas, míseros. Menéndez Pidal retrató así la actitud existencial de aquellos españoles: "Tenían en más una poca de honra que mil



vidas, y no sabían gozar de esta vida a su placer". Cuando ya se oscurezca el esplendor de España, Quevedo dirigirá a su majestad el rey don Felipe IV este retórico elogio como breviario de nuestro modo de andar por el mundo: "A los españoles, Señor, sólo les dura la vida hasta que hallan honrada muerte".

EN ese país que llamamos la España de los siglos XVI y XVII, tejida de sueños gloriosos y miseria agobiante, Sevilla oscila como un péndulo entre los registros impresionantes de la Casa de Contratación y las desventuras de los mendigos del Arenal.

Nuestra ciudad, cuando las Hermandades toman su fisonomía definida, se halla en el centro de esa agitación de contradicciones políticas y económicas. También ideológicas y artísticas. Los especialistas no acaban de aclarar si tuvimos en España "auténtico Renacimiento", si fuimos de veras "humanistas" o sólo de trampa; si enriquecimos el pensamiento religioso de la época con creadores válidos, o simplemente nos invadió en el arranque del siglo XVI una oleada de erasmismo. Sin embargo, no cabe duda que ya mediado el mismo XVI dan nuestros pensadores, nuestros místicos y nuestros artistas una respuesta impresionante renacentista.

En esa respuesta colectiva se insertan nuestras Hermandades.

El Renacimiento verificó sin duda "un desplazamiento de valores desde la esfera divina a la esfera humana": Pasó del "teocentrismo" medieval, con la idea de Dios como eje y cifra de la creación, al "antropocentrismo" moderno, que sitúa al hombre en el corazón del universo. Símbolo del nuevo planteamiento sería la carta del sistema planetario que aleja la Tierra del centro y la sustituye por el Sol, acercando el hombre a la "aventura de la naturaleza", su entorno propio: El hombre quedó situado "lejos, distanciado de Dios". Meditando la respuesta que las Hermandades sevillanas dieron a este desafío, viene a la mente aquel comentario irónico de Luis



Cernuda cuando en una página de "Ocnos" le dijo "el pájaro muerto" que no existe Dios. El poeta, poniendo en juego su amarga socarronería comentó solamente: "¿Y cómo existo yo?". Su finura de pensamiento denuncia la petulancia que significa preguntarnos si "por existir nosotros" existe Dios; cuando la verdad está en la observación de Luis Cernuda: quizá yo ni exista, la Verdad es la Otra, es Él.

Así desató el Renacimiento una mutación ideológica que abría "el mundo moderno", independizando la esfera secular, es decir, dando autonomía al pensamiento, a la ciencia, a la política: Dinamitó, en una operación cuyos últimos ramalazos alcanzarán hasta nuestros días, los puentes que ataban a la concepción religiosa nuestra trayectoria existencial terrena. Un torrente arrollador se despeña desde el Renacimiento, pasando por la Ilustración, la Revolución francesa, los terremotos sociales, hasta el desarrollo científico de nuestra época.

Lutero reconoció esa ruptura entre la realidad temporal y Dios: echó mano de la "fe sola" como trampolín que permita "dar el salto" de una esfera a la otra.

Los místicos españoles, con Teresa de Jesús y Juan de la Cruz a la cabeza, "aceptan", dan por existente la ruptura de puentes entre el círculo creado y el círculo divino: pero la salvan ofreciendo "desde la fe" una conexión nueva, indestructible, que permite "experimentar" la cercanía amorosa de Dios y por tanto "hace real" y nuestro "el más allá". Estamos "invadidos" por la voz invitante, ahí escondida, discreta, en la trayectoria humana de Jesucristo que incorporando a nuestra aventura espera "una respuesta". Quien se atreva a responder podrá experimentar "el sabor misterioso de Dios".

LAS Hermandades sevillanas entraron en esta formidable partida, que pretende apagar o mantener el latido de la trascendencia como secreto profundo y sentido último de la historia humana. Entraron en juego las Hermandades, echando mano



de increíbles recursos plásticos.

Hasta el Renacimiento, la expresión artística de los misterios de la fe cristiana gustaba de recurrir a los símbolos, dando incluso a las figuras de Cristo y de María un aspecto señorial, con rasgos de nobleza que destacaban la presencia divina, lo que podríamos llamar "una representación de Dios alejada de formas vitalmente humanas". El Renacimiento por contraste incorporó de tal modo los rasgos de belleza terrenal a la pintura y a la escultura sacra que muchas de sus figuras aparecían totalmente privadas de aliento religioso: "Madonas" y "efebos" que han abandonado una sala de fiesta cortesana para ocupar puesto frecuentemente discutible dentro del templo.

Apliquemos o no a la imaginería de las cofradías sevillanas el concepto barroco, lo cierto es que sus maestros realizaron la gran hazaña de colocar la majestad divina del medievo "en la cápsula" de una figura trascendental o la cercanía dramática de su biografía: Imágenes que portan en sí un aliento superior, divino; en la piel de los dos seres humanos que con nombres de Jesús y María pertenecen a esta raza nuestra, sufriente con los latigazos de la existencia.

Majestad y sufrimiento, soberanía divina y humana ternura: He aquí la síntesis lograda por nuestros imagineros. Parece un milagro artístico: Ellos añadieron "pasión dramática" a las técnicas de la imaginería castellana utilizando, en lugar de mármol o piedra o bronce, la madera cálida de sándalos y cedros; lograron mediante "el encarnado" una gama de expresiones mórbidas; y en contraste vistieron las imágenes con ropajes de colorido fuerte bordados en seda y oro. Parece un milagro. Pero el milagro mayor lo veo en que la imaginería del siglo XVII: Juan de Oviedo y Andrés de Ocampo, Martínez Montañés, Juan de Mesa, Pedro y Luisa Roldán, Francisco Antonio Gijón, Duque Cornejo, cada cual con sus características personales, o de taller, manieristas, naturalistas, dinámicas, realistas tardobarrocas, que les ganaron una página personalizada en la historia del Arte, haya prolongado su herencia hasta nuestros imagineros del siglo XX al servicio de las Hermandades: Por citar sólo nombres de artistas recientemente fallecidos recuerdo a Castillo Lastrucci, Sebastián Santos, Illanes, Ortega Brú, Francisco Buiza: En ellos rindo también homenaje a la patrulla de imagineros sevillanos hoy en la brecha.

Majestad y humanidad. Esta armazón armoniosa de formas apolíneas y



expresión religiosa, esta textura de soberanía celestial con dolor en carne viva, define las imágenes sevillanas de Semana Santa. Pienso que su vitalidad, su atrevimiento, su ruptura de prejuicios y cánones superan la definición del barroco: Nadie se atrevió antes a vestir así la lejana intocable grandeza de Dios con la cercanía sensible de Cristo. Imágenes que portan en sí el aliento divino "perceptible en los dolores dramáticos de un hombre llamado Jesús y de una mujer de nombre María".

Me encanta concelebrar la Eucaristía en la Función Principal de Instituto de la Hermandad de Pasión. Todas las funciones de Instituto me encantan, porque presencia la protestación de fe de los cofrades de Sevilla y cómo uno a uno depositan su beso en las páginas miniadas de las Reglas de su Hermandad: Esas mañanas domingueras pregonan que la Semana Santa clava sus raíces en tierra honda.

Por qué saboreo especialmente la de Pasión, les explico. A los sacerdotes celebrantes nos colocan el asiento, no en el centro de frente a los fieles sino a un costado del altar: Durante la larga jura de los hermanos, puedo contemplar a gusto la imagen del Señor: Esa talla obra cumbre de Martínez Montañés, en cuya mirada baja con párpados semicerrados percibo el dolor entero que pueda caber en una persona humana, entregado Él, manso, flaquísimo, apabullado, tiene ganado el cariño finísimo de Sevilla sensible: Manos de inmensa ternura le visten la túnica de terciopelo morado y le ciñen su cingulo, disponen claveles rojos, cirios, incienso, plegarias... Pues en la figura del Jesús doliente de Pasión resplandece la divinidad soberana del Señor, su fuerza, su vigor, su gloria. Por eso lleva como dosel de su cabeza coronada de espinas, las potencias, símbolo de su majestad, y conteras de plata en los leños de la cruz... Cristo sufriente y divino: Desde mi asiento al costado del presbiterio, mientras los hermanos prestan su juramento, veo al Señor de Pasión... y veo enfrente uno de esos ángeles grandones que sujetos a la columna por un ala balancean su incensario enorme; el ángel me mira, tiene dirigidos los ojos hacia mí, parece hablarme quedamente: "Ya ves, Pasión viviente y muriente, dime si pudo sufrir más, si algo dejo por hacer a favor vuestro, dímelo; Jesús de Pasión Señor de cielos y tierra, secreto eterno del cosmos, dime si sabéis...

Que sí sabemos, replico al ángel: Ya ves tú cómo Sevilla le quiere, esta gente, su gente, cómo le queremos; miramos a Él con ojos de compasión, nos preguntamos si cabe más sufrimiento en sus carnes frágiles; adoramos su Pasión; nos aturde que siendo Quien es haya descendido hasta el pozo oscuro de nuestro dolor; nos



confiamos a Él, caminamos a su lado, lo adoramos; Te adoramos, bienqueriente Señor de Pasión.

MAJESTAD y sufrimiento. El milagro artístico de nuestros imagineros descifra uno de los enigmas repetidos por los visitantes de nuestra Semana Santa; disipa su reproche: Por qué Sevilla recuerda los sufrimientos de Cristo y de su Madre con unas jornadas de verdadera fiesta popular; cómo es que acompañamos gozosamente los pasos de la pasión y muerte del Señor.

El Cristianismo no es una religión clavada en la cruz: Tras la muerte de Cristo, el misterio pascual prosigue su desarrollo y culmina en la resurrección.

Las páginas tremendas del Evangelio describen pormenor los padecimientos del Hijo de Dios dedicado a querernos arrebatadamente con el único lenguaje que aquí en la tierra no admite discusión: Poniendo la vida por nosotros.

La resurrección "nos será dada", se verificará para cada uno en su momento sin una participación inmediata nuestra en su mecanismo.

En cambio, la pasión del Señor admite nuestra presencia afectiva y efectiva; afectiva, por una contemplación amorosa con sentimientos de compasión y agradecimiento; efectiva, por la vivencia personal de dolores que mezclamos a los de Cristo. Tanto la vida litúrgica comunitaria como la vida interior personal implican, al penetrar progresivamente en el alma, la participación intensa del cristiano en el misterio pascual por medio de la cruz.

Considerando la historia de la salvación en su conjunto, podríamos decir que desde la venida de Cristo nos encontramos sus creyentes en una situación de tensiones producidas por el retraso de nuestro "nivel cronológico" con relación a nuestro "nivel teológico". El misterio pascual, con sus fases de encarnación, cruz y



resurrección, ha verificado el ciclo redentor. Desde el punto de vista de Dios, que es en definitiva el importante, nuestra salvación está cumplida, hasta el límite aquel subrayado por Tomás de Aquino cuando decía que al encarnar el Verbo se operó una "sensación en raíz" de todo el universo.

Falta la incorporación personal de cada hombre por su decisión libre al misterio de Cristo: Es el aspecto subjetivo de nuestra redención, que sólo puede cumplirse en el proceso cronológico cuando a cada individuo le corresponda realizar su trayectoria en la tierra. Entonces acopla su muerte a la de Cristo para resucitar con Él.

Ante la grandeza y la eficacia de la Encarnación del Verbo, podríamos decir que este "episodio cronológico" de la redención es un trámite secundario. Aunque a nosotros nos parezca trágico, ya que la libertad humana puede viciarlo malogrando el proceso entero; cosa que no por ser real deja de ser absurda, pues ¿en qué cabeza cabe que la frivolidad del hombre haya de llegar al extremo de anular la efusión de amor volcada por Dios en nuestra historia sobrenatural?

Así digo que la cronología funciona con retraso: Todavía no hemos muerto, pero ya somos cristianamente resucitados, ya estamos oficialmente salvados. El pecado y la muerte están vencidos. Aunque el acta notarial a nuestro favor, a nombre de esta persona concreta que soy yo, todavía no pueda extenderse: por un simple escrúpulo cronológico.

La gran verdad es que pertenezco a la salvación y a la resurrección, mucho más de lo que pertenezco a mi posible "salvación o condenación según el uso de mi libertad". Aunque resulte trágico que la pequeña mentira se pueda tragar la verdad.

A través del Verbo, imagen del Padre, los seres de la creación participan las perfecciones divinas: Toda la belleza es un eco de la belleza insondable del Verbo.

A través del Verbo encarnado, los hombres se incorporan a la historia de la salvación: Su muerte y su resurrección están implicadas en la muerte y en la resurrección de Cristo.

Por eso no significa desatino que la Semana Santa ponga simultáneamente en las calles de Sevilla la compasión con los sufrimientos del Señor y el gozo de



sabernos resucitados y salvos gracias a Él.

CELEBRAMOS los misterios de su pasión, su cruz y su muerte, nos sentimos solidarios con su dolor y con los dolores de quienes sufren hoy en la tierra penurias, hambre, torturas, marginación; añadimos a las suyas nuestras angustias personales: Pero creemos que Jesús llevó hasta la meta la historia de la salvación, confesamos su resurrección, sabemos que vivo a la diestra del Padre acompaña como hermano la hoja de ruta señalada para cada uno de nosotros. Así al tiempo que conmemoramos, empapado nuestro corazón en ternura, cuánto Él sufrió por nosotros, sentimos el gozo de su triunfo, fundamento de la fe cristiana y promesa de nuestra resurrección. Sevilla ha inventado la mejor manera de darle las gracias: Acompañar la pena que sus penas nos producen, y expresarle nuestra alegría por sentirnos salvados; gracias a Él, resucitado.

Un resplandor de la resurrección se anticipa en la serena hermosura de las Vírgenes del sábado santo: La cofradía de los Servitas trae hasta la catedral en regio paso de palio su Señora de la Soledad; los cofrades de la Trinidad portan su adorable dolorosa con título de Esperanza. Las Hermandades sevillanas desearon acentuar su sintonía con la doctrina teológica y las orientaciones litúrgicas del Concilio Vaticano II. Ya de antiguo existían en Andalucía ceremonias populares que pre- sentaban a la Virgen María en la mañana del domingo buscando un encuentro con su Hijo Jesús resucitado. Hoy aquellos tanteos procesionales adquieren el relieve debido mediante la cofradía lasaliana que lleva ya doce años trayendo desde la calle San Luis el paso de Jesús resucitado y el palio de la Santísima Virgen de la Aurora.

La fe cristiana de Sevilla está pegada con ahínco al misterio pascual. Cierta viejo fraile forastero que trajo visitantes de su tierra, le comentó a un hermano mayor: tendrás que recomendarme un médico traumatólogo que les arregle a los míos las mandíbulas, porque viendo las procesiones se me quedan a cada paso con la boca



abierta y no se les cierra. En mi primera Semana Santa yo sufría un terrible sobresalto a cada levanta de los pasos de palio, porque me parecía imposible que los cirios estuvieran tan sólidamente encajados en su candelabro como para soportar la sacudida. Confesé tímidamente mi aprensión: Al año siguiente los amigos me llevaron en vísperas del Domingo de Ramos a fundir la cera: Vi cómo manos expertas embutían los cirios en el tubo de plata de los candelabros y los fusionaban con cera líquida dejándolos hechos una sola pieza; Ya pueden los costaleros cumplir su rito de que se vengán abajo los tubos de la candelería, "órgano catedralicio de luz" (Ortiz de Lanzagorta) ni se incendie el "cañaveral de cera" (Laffón) que rodea a la imagen de la Virgen. Más o menos, así tiene Sevilla fundida su fe con los misterios de Cristo: Sufrimos como todos los ciudadanos del planeta, soportamos las dificultades, la enfermedad, nuestros propios errores, nuestras propias faltas: Pero estamos pegados "con cera líquida" al misterio sufriente y a la esperanza cierta. Yo sí me he quedado, la boca abierta como los visitantes del fraile, viéndome venir por Placentines al Santísimo Cristo del Amor, con las potencias de majestad sobre su sagrado cuerpo torturado: No se puede querer más de lo que Él nos quiso, de lo que Él nos quiere. Alguien me susurró al oído la leyenda del tallista que trabajando la madera del Cristo en el taller de Juan de Mesa se clavó una astilla, ¿o fue una espina?; y le sangró la palma de la mano, y dijo el muchacho que no le dolía "porque es sangre del Amor"; y a nosotros si sangra el corazón no importa que nos duela, es sangre del Amor...

POR las calles de Sevilla "está la majestad de Dios tendida" (Lope de Vega). Grandeza y dolor, sufrimientos y gloria.

Nuestro pueblo tiene la lección bien aprendida. En las horas profundas de la madrugada, los cofrades del Silencio traen por Cuna y Orfila el supremo ejemplo de la seriedad "bien hecha". Dicen las crónicas que ya a mitad del siglo XIV decidieron ellos "glorificar a Nuestro Señor Jesucristo en el doloroso trance de llevar sobre sus hombros la Santa Cruz". A pie descalzo. Vistiendo túnica morada, ceñidos con soga



de esparto; cubierto el rostro con cabellera de cáñamo, sujeta a las sienes por una corona de espinas: A imitación de Jesús; así ellos inventaron para Sevilla el nombre "nazarenos". Silencios, callados, a la vera de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Callados. Si les miras de frente ves bajo el antifaz unos ojos hundidos en el silencio. Se recogen antes que rompa la alborada. Acompañándolos, el silencio se toca, se palpa. Dejan en las calles un reguero de eternidad "que nos habla sin palabras" (Jean Guitton): "Tu silencio, señor, que desafío, / qué modo de decir, sin decir nada" (María de los Reyes Fuentes).

Adoramos en Semana Santa los misterios de Cristo, muerto y resucitado para nuestro bien. Somos conscientes de nuestra participación efectiva en los lances del relato evangélico. Los pasos de misterio llevan personajes de la pasión del Señor que de alguna manera pertenecen ya a nuestra crónica ciudadana, son "gente sevillana". Desde que los niños abren las celebraciones con su paso de la borriquita, el domingo de Ramos, montado Jesús en la pollina entre apóstoles y pueblo hebreo. La cofradía de Jesús Despojado trae sayones y soldados. Seguirá el sacerdote de la ley mosaica en la Hermandad de la Paz, los apóstoles de la Sagrada Cena, Simón Cirineo con Nuestro Padre Jesús de las Penas en San Roque, Anás, Caifás, Pilatos, Prócula, Longinos... San Juan es caso aparte, siempre de apoyo a los dolores de María.

A mis amigos teólogos de Múnich los aturdí desmenuzándoles el sentido de aquella saeta tan popular que comenta la cobardía del gobernador romano condenando a Jesús inocente: "Pilato, pa no perder/ el destino que tenía... ". En cambio les impresionaron dos detalles de pasos de misterio.

Uno, de la Hermandad de Montserrat. Jesús crucificado dirige sus palabras al buen ladrón, cuya cara no puede verse porque la tiene hacia Cristo. Pero la figura hiriente del cuadro es el mal ladrón, rostro dramático que se niega a mirar a Jesús y tuerce su cuello dejando ir perdidos los ojos hacia un negro vacío de ausencia... Hace pensar en tantas personas desconcertadas, desorientadas, con idénticos pómulos tristes, iguales labios resecos, en soledad oscura.

Otro, el Santísimo Cristo de las Tres Caídas, Esperanza de Triana: Jesús tropieza, cae, se apoya en la piedra. ¿Se apoya? No se apoya, si miráis bien veréis que toca la piedra, la acaricia más que apoyarse: Cariñosamente, toca nuestra tierra, acaricia la tierra nuestra, el barro que somos; más que apoyarse, nos acaricia a nosotros, que



somos tierra...

ACUDÍ un domingo desde mi casa a la función principal de Montserrat. Una mañana de cielo limpio que sería gloriosa si nos hubiera llovido este invierno. Mi traje negro, mi clerigman de fiesta; percibí un ramalazo de dicha al pisar paseo Colón. Nunca se gusta más profundamente la serena alegría de vivir que una mañana de Sevilla con sol, todavía fresquito, y las calles con poquita gente. Además, adivinaba cómo encontraría la capillita de Montserrat: enojada y reluciente...

En un banco de hierro a la esquina de Adriano, una mujer tenía tres bolsas de plástico, grandotas, de las que usan los almacenes: sus ropas, su mísero ajuar. Pobre mujer, cuarenta años más o menos. Forastera.

- ¿De dónde es usted?

- De Valladolid.

Años atrás en mi barrio del Arenal hubo algunos hombrecitos desgraciados que necesitaban ayuda, conocidos de los vecinos y tratados como amigos. Ahora llegan, y se van, gente desnortada; se tumban a descansar en los bancos del paseo.

- ¿De Valladolid?

Me pidió limosna. Contándome una de esas historias a medias que la pobre gente cuenta cuando solicita ayuda.

A veces te saben a verdaderas, auténticas. Y tan amargas. Sin pedírselo, sacó el carnet de identidad.

Son los marginados. Nos aparecen muchos esta temporada por los pliegues oscuros de la ciudad, como resaca de la Expo. Unos buscan, dicen, "trabajo".



Imposible, claro. Otros nos mienten, intentan engañarnos. Pobres, bastante llevan encima. Vagan de un barrio a otro, durante el día. Por la noche, los que no acaban en refugios, han descubierto tres o cuatro sitios, estaciones de autobuses, sótanos, derribos. Se te cruzan en la calle, tienden su mano; acaso, la mirada muda. Solemos esquivarlos con el truco de no verles, hacer que no les vemos. Cáritas aconseja, con razón, entregar el dinero en la parroquia, no a los mendigos en la calle. A poco que hables con ellos descubres la verdad. Debiéramos tatuarnos a fuego el aviso de Bernanos: "Quizá el verdadero odio sea el desinterés". Hugo Betti desarrolló el pensamiento implacable: "No es verdad que los hombres se amen. Tampoco es verdad que los hombres se odien. La verdad es que los hombres nos desimportamos aterradoramente los unos a los otros".

Hablando con la pobre mujer decidí contarle a los jóvenes y a las mujeres de nuestras Hermandades, os digo enseguida por qué.

Me preguntaba yo a mí mismo qué hiciera Jesús si la hubiera encontrado yendo Él camino de la capilla de Montserrat, a celebrar la fiesta principal de Instituto.

La hubiera llevado consigo.

Os juro que sentí el impulso de llevarla, entrar con ella en la capilla resplandeciente, todos vestidos de fiesta, preparada la música mientras el celebrante se reviste. Sé que, a pesar del primer instante de desconcierto, el hermano mayor me la hubiera acogido y le hubiéramos abierto paso hasta el pie del altar, en el puesto mejor, más distinguido: Porque el hermano mayor y los cofrades y yo sabemos muy bien que "ella" sucia y pobre "es" Jesús, y es María, "Ellos" son en "ella"; hubiera entrado en su casa, junto al altar eucarístico, junto a la Palabra Sagrada, junto a las imágenes queridas...

No lo hice por ella, se hubiera sentido humillada, incómoda, con su pelo revuelto y sus tres bolsones de plástico, entre nosotros tan limpios, tan pulidos.

Le di un dinero, y pasé.

Jóvenes y mujeres de las Hermandades de Sevilla. Al pregonero le habéis abierto estos meses vuestra confianza, vuestras ilusiones. Os he conocido por dentro. Sé cuánta esperanza ponen las Hermandades en la plantilla de cofrades jóvenes,



sangre nueva, impetuosa. También sé con qué delicada prudencia procura cada Hermandad abrirse a la presencia efectiva de las mujeres. Ellas han escrito y escriben páginas discretas, silenciosas, en la vida de Hermandad y en el funcionamiento de la Cofradía: Apoyan durante el año las convivencias, respaldan la ausencia del marido comprometido en los cargos, estimulan a los hijos costaleros. La literatura cofrade recoge páginas emocionadas que narran la delicadeza de las camareras y el cariño de la mujer cuando plancha la túnica del marido, de los hijos. No hace falta sentirse profeta para adivinar en pocos años una ósmosis fuerte entre las mujeres y su Hermandad. Pero ahora mismo, ya, jóvenes y mujeres rendiríais servicio ejemplar si decidierais resolver el problema de los pobres vagabundos que no saben dónde dormir en las calles de Sevilla. Cáritas, el Ayuntamiento, varios organismos benéficos disponen de instrumentos y recursos. Faltan personas que recojan estos pobres hermanos nuestros, alguien que les oiga, les ayude y los asista, de ser humano a ser humano; alguien que no los mire como al deshecho de la sociedad, la basura del consumismo. Vuestra Hermandad, vosotros y vosotras sabéis que los marginados son "residencia" del Señor Jesús, en ellos "habita"; en ellos aguarda señales de amor. Jesús no dijo que está en los hambrientos buenos, en los mendigos honrados; dijo simplemente que está en los hambrientos, en los sedientos, en los desnudos, en los presos. Tiene gracia pensar que identificado Jesús en algún pícaro "también nos engaña" cuando el pícaro nos engaña... Si los jóvenes y las mujeres de una Hermandad afrontáis el problema, crearéis una espiral de iniciativas: Yo que os conozco me atrevo a profetizar que ibais a resolverle a Sevilla una carencia de amor.

VAMOS a callarnos"...

Quiero acogerme a la recomendación clásica de Sevilla cuando alguien habla más de la cuenta.

Pues vamos a callarnos, que la primera se acerca a la Campana. Me habéis oído cariñosamente, me habéis arropado.



Pero he de pedir os disculpas.

Para el mosaico del pregón, yo me obligué a mí mismo a recoger una por una las piedrecitas de color *en cada una de las Hermandades*; en todas, sin olvidar ninguna; una por una.

Confieso mi fracaso: No caben, imposible. Nunca en mi vida se me han cruzado los cables como esta vez en un reportaje periodístico.

Si yo fuera persona de sentido común, cuando me propusieron pregonar la Semana Santa hubiera tomado un billete del "ave" que a todo gas me sacara lejos de Sevilla, huyendo sin mirar atrás.

Os pido disculpas por no ser un periodista con sentido común.

Ignoro cómo es que las Hermandades no caben completas en el pregón, si Sevilla cabe "toda de vez" en el alma.

A la pupila de los ojos de una niña le cabe entera la maravilla irisada de un paso de palio; a la pupila de un hombre serio y conmovido le cabe un Jesús Nazareno... Sevilla me cabe dentro de mi corazón. Sevilla con sus dolores y sus esperanzas.

He ido a poner en la capilla real mi pregón a los pies de la Virgen de los Reyes. El Niño, os lo juro, sonreía, sobre mi cansancio. El Niño con sus zapatitos de plata. Nada hay más tierno que las sandalias, los zapatitos de un niño chico. La Virgen Reina de Sevilla se los tiene puestos a su Niño, zapatitos de plata.

La Providencia divina nos ha regalado a los sevillanos la gracia de contemplar aquí, por la fe y en imágenes, los hermosos misterios de Dios que ansiamos ver allá cara a cara. Cuando el santo místico Juan de la Cruz estuvo para morir, suplicó a sus hermanos que le trajeran el Santísimo Sacramento, quería adorarlo. Se lo trajeron, fray Juan desató su ternura: "Ya, Señor, no os tengo de volver a ver con los ojos mortales". Si al cerrarse la Semana Santa un cofrade supiera que para él había llegado la hora de marchar de este mundo, despediría los últimos candelabros de cola: "Ya, Señor, no he de volver a veros con los ojos mortales". La fe ponía tal certeza de presencia divina en los ojos de fray Juan, la fe pone tal cercanía divina en nuestras imágenes. Existe un paralelo indudable entre el culto a las imágenes de nuestra



Semana Santa y el culto a los iconos del Oriente: Rebasan la belleza propia de una obra de arte, empujan el espíritu de quien los venera "más allá", "más adentro". Sirven de asiento a la vecindad de Dios, son arrabales de la gracia. Por eso la imagen es más que imagen, cobra un valor icónico, cuasi sacramental.

Estamos a las puertas del Congreso Eucarístico Internacional. Las cofradías penitenciales sevillanas han mantenido desde sus orígenes una vinculación estrecha, íntima, con la eucaristía y el culto eucarístico.

Somos la antigua familia que ha recibido el mensaje: la palabra, depósito de la fe; y la celebración del sacrosanto misterio, entregado por el Señor Jesús como herencia a punto de iniciar su pasión. Nada extraño que todas las Hermandades penitenciales estén cercanas a las sacramentales, y en muchos casos fusionadas con ellas. Quien frecuente durante el año los actos de culto cofradieros comprobará cómo las Hermandades enlazan los temas eucarísticos con la pasión del Señor y con la devoción mariana. Estos hombres y mujeres, señor arzobispo, que veinte siglos después del Viernes Santo alzan sobre las calles de Sevilla sus sagradas imágenes, en testimonio de su fe pasional y mariana, darán también testimonio, los días del Congreso, de su fe eucarística: Apretados junto al Papa.

AMIGOS,
déjenme irme "templando; sobre los pies"...

De mano de mi Virgen de la Soledad.

Dicen los costaleros que cuando suena bien la música de las marchas, el paso camina solo, se desliza con una secreta fuerza íntima... Lo empujarán, quizá, esas energías misteriosas, cercanas a la potencia divina, que llamamos ángeles.

Señora, acógenos bajo tu palio.



Recíbenos,

acéptanos a los sevillanos uno a uno, todos juntos; acógenos bajo tu palio.

Como si fuéramos candelería ardiente.

Señora,

te traemos una Sevilla con sus problemas, sus tristezas, su futuro incierto,

también sus ansiedades.

Queremos levantarla.

Cansados del camino, fatigados; somos sencilla gente, pecadores, hemos equivocado muchas veces las vías del amor.

Madre, Virgen bendita,

no somos un pueblo de locos, somos un pueblo enamorado.

Te queremos.

Traemos húmedos los ojos de llorar junto a tu Hijo sufriente,

lo acompañamos, le pedimos perdón y gracia, misericordia. Le damos compasión.

Ahora te traemos también a Ti nuestra compasión, nuestro cariño.

Te invocamos con las palabras más bellas,

Esperanza, Gracia y Hermosura, Estrella, Socorro y Amparo, Dulce Nombre; Mercedes y Salud, Remedio, Macarena...

Cuando cerremos las estaciones de penitencia, mientras suenan marchas que aligeren el peso a los costaleros,

déjanos convertir tu paso de palio en un Refugio para toda Sevilla, para todos tus hijos;



déjanos, Virgen de la Soledad, déjanos pedirte

Soleá, dame la mano.

Llévanos bajo tu palio,

ese inmenso palio tuyo que es el cielo de Sevilla,

danos la mano.

Caminando vamos,

unidos a tu Hijo sufriente y glorioso;

a veces tenemos miedo...

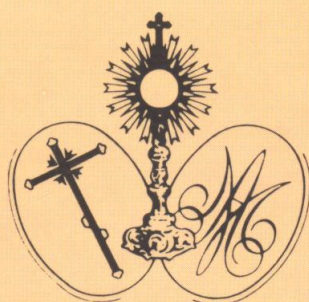
Te queremos tanto.

¡A ésta es!

Soleá, danos la mano.

Sevilla, dale la mano.





Fundación
EL MONTE

SEVILLA 1993